El mesón de «El Sevillano»

Glosa cervantina compuesta en homenaje de Don Miguel de Cervantes

Diego San José

EL MESÓN DE «EL SEVILLANO»

GLOSA CERVANTINA COMPUESTA
EN HOMENAJE DE DON MIGUEL
DE CERVANTES
POR
DIEGO SAN JOSÉ

¡Oh, la Influencia social de la novela! Es la novela el género literario más apto para la propaganda de las ideas. El novelista preparó no pocas veces las grandes revoluciones de los pueblos. En nuestros días, la novela rusa —desgraciadamente extendida por España — había preparado la revolución comunista de aquel imperio, hoy en completa descomposición.

La novela española puede ser aquí firme baluarte del derecho cristiano, si los actuales poseedores de la riqueza, en cualquier grado, le prestan su decidido concurso por instinto de conservación.

El Patronato Social de Buenas Lecturas, con sus Bibliotecas PATRIA y de Cultura Popular, levanta en alto esta bandera, y llama a cuantos tienen algo que perder, a cobijarse a su sombra salvadora. ¡Quiera Dios que ninguno de los llamados falte a la cita, para su bien y el de la raza hispanoamericana!

JUAN DE DIOS T. AVISA: (i)

(1) Véase la novela *Los Sueños de Alvarado*, páginas 44, 45 y 46.

NOTA. —La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo estén sometidas a la autoridad de la Iglesia.

La Dirección

A mi buen camarada Antonio Albea, querido amigo, espíritu culto y corazón noble, que día por día ha visto escribir las humildes páginas de esta novela y con su entusiasmo y franco optimismo me sirvió de mucho en los momentos de desaliento. Ya que con harta justicia puede este libro tenerle por padrino, justo será que vaya a él esta fantástica consecuencia de aquella *ilustre fregona*, novela ejemplar que para más alta gloria de las Letras Castellanas escribió Don Miguel de Cervantes Saavedra.

Con un fuerte abrazo,

DIEGO SAN JOSÉ

Madrid, 7 de octubre de 1923

PRÓLOGO

Mi devoción clasicista me ha llevado a veces a incurrir en irreverencias, de las que acaso, al cabo de mis días, haya de dar estrecha cuenta a los ofendidos inmortales a quienes atraqué solapadamente, amparándome en la distancia que nos separaba. Ellos no estaban más que en los estantes de las eruditas bibliotecas, y yo ambulaba por la Tierra con mi correspondiente cédula personal.

Uno de estos atrevimientos que Apolo, señor absoluto de la dorada y revuelta República de las Letras, sabrá perdonarme, en gracia a la buenísima y respetuosa intención con que le puse por obra, fue el de intentar vestir con los gayos ropajes de Thalía, algunas novelas del príncipe de los ingenios españoles Don Miguel de Cervantes y Saavedra, y, al efecto, arremetí con las dos que —dejando a una parte donde manos profanas no la puedan alcanzar el invulnerable *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y otros dos redomados pícaros, flores de la hispana gallofa, que fueron en el siglo *Pedro Rincón* y *Diego Cortado*— son las mejores piezas de aquel divino collar compuesto con doce orientales perlas y llevan por títulos *La ilustre fregona* y *La gitanilla*.

Mucho y muy substancioso se ha escrito en elogio y divulgación de la obra cervantina, y con más juicio crítico y abundancia de documentos, don Francisco Rodríguez Marín, quien no parece que existe en la Tierra para otra cosa que para mantener vivo perennemente el culto literario que se debe al más grande, no ya de los ingenios españoles, sino de todos los del Mundo. Así, pues, no es cosa de que yo venga a sentar pedantesca plaza de erudito, trayendo a colación particulares prendas y nuevas facetas en donde la admiración halle motivos para deslumbrarse.

Yo de mí sé decir que es el tal collar en mi religión parnasiana, como una devota invención que repaso muy de continuo, poniendo en ella toda la débil potencia de mis sentidos y lamentando el que mis ojos, aunque en buena salud, no tengan más potencia para recoger entera toda la luz que hay en aquellas inmortales páginas.

No soy —Apolo me libre— de aquellos sabelotodos examinados por la universidad de su necia pedantería, que tienen creído, y no se hartan de divulgarlo, que no son necesarias las notas e ilustraciones al pie de las páginas maestras de nuestros clásicos; antes, al contrario, creo que es ello de absoluta necesidad para esclarecer las dudas que se le ofrezcan al lector, puesto a esparcir el ánimo con el ingenio ajeno...

* * *

Cuando andaba —digo— en el difícil y atrevido empeño de escenificar la ejemplar joya cervantina, para mejor conservar el fino espíritu de las reliquias que me proponía profanar, hacía frecuentes excursiones a Toledo, y me hospedaba en el mismo mesón en donde es fama que la gentilísima Constanza de Avendaño servía por guardadora de la plata de «El Sevillano», quien no habría de ser de los huéspedes descalzos y cicateros que en la imperial ciudad daban gato por liebre y agua teñida por vino a los viandantes que tenían la forzosa necesidad de hospedarse en los desmantelados aposentos de sus feudalías.

Parece, según dan razón detallada graves y autorizados testimonios, que la flor y nata de los arrieros y trajinantes que de ordinario andaban por los toledanos caminos, y los más

ricos mercaderes que desde los floridos reinos de Murcia y Valencia venían a vender seda a los cordoneros y sastres de la corte, que en aquella dicha y dichosa posada buscaban descanso.

Durante las horas del día, mi inquieta persona ambulaba incesantemente por toda la ciudad, no dejando cobertizo ni rincón por mejor adentrarme en el alma toledana.

No había cuesta ni recoveco que en el silencio de las siestas y quietud augusta de la noche, no hollasen mis profanas plantas.

Muchas veces repetía la visita a los mismos lugares, como si una extraña y testaruda obsesión me ordenase no apartarme de allí.

Quizás los héroes novelescos que yo pensaba inquietar, anduvieron en vida por estos sitios...

Veía yo bajar, por la empinada cuesta que al río conduce, al bueno y poco sufrido Carriazo en su voluntario menester de aguador, por mejor prestar ayuda a las amorosas intenciones de su camarada Avendaño, también disfrazado con el villanesco nombre de Tomás Pedro.

Le veía teniendo cuenta con su asnillo pacienzudo, cargado de cántaros de agua, y allá junto a la margen del mismo río de donde sacaba el agua pura y cristalina para su negocio, le veía disputar bravamente con los otros aguadores antiguos, que no le tenían buena voluntad, porque entendían que con su intrusión en el oficio les mermaba la ganancia. Le veía el mismo día de su ingreso en el hidrópico gremio, jugarse el cuadrúpedo auxiliar que habría de ayudarle a portear por la ciudad la cristalina sangre del Tajo, le veía luego perderle tan bien como se perdiera la flota *Invencible*, y ganarle enseguida, cuarto a cuarto, con gallofa donosura.

Los días de guardar, y algunas tardes que se celebraba función solemne en la iglesia Mayor, Primada de las Españas, veía a la bizarra Constanza cruzar la ciudad muy puesta de punta en blanco, a cumplir con su devoción ferviente, como buena cristiana que era.

Veía, en fin, todo aquel patio del mesón, ahora desierto los más días, pletórico de arrieros y trajinantes que eran la nata y flor de los caminos castellanos.

Cuando ya en las fronteras del alba me recogía a mi posada, no sin antes haber visto la pálida faz de la Luna reflejada en el terso espejo que las limpias aguas del Tajo le ofrecen, llevaba dentro de mi alma la vieja corte castellana.

Muchos días creí encontrarme en la espléndida vega y en los callejones escondidos y tortuosos —que son casi todas las vías de la antiquísima metrópoli en donde tantas veces estuvo asentada la Corte y Monarquía de España— las sombras espectrales de Zorrilla, Bécquer y Galdós, pero, pensando que, como yo, habían andado por allí en cuerpo y alma a la caza y merodeo de vestigios pasados, no hacía mucha cuenta con esta alucinación, y seguía al amor de mi propia quimera.

Una de aquellas noches en que ya traía bastante adelantados los materiales para mi labor cervantina, habiendo oído dar gravemente las tres de la mañana en el reloj de Zocodover, pensé que ya era tiempo de ensabanarme y me recogí a la dicha «Posada de la Sangre», que está en el mismo lugar en que la conoció Cervantes, entrando por el lado izquierdo

de la plaza, según se entra en la ciudad por la puente de Alcántara, y bajando hacia lo que llamaban, y llaman todavía, la «Sangre de Cristo».

Me metí en la cama, la cual por no desmentir su origen posaderil, no era muy mullida, aunque sí harto limpia, y tomando *La ilustre fregona* en mis manos con la misma devoción que si fuese un libro de rezos, comencé a leer; y como quiera que ya iba la noche tan vencida que el alba venía royéndola los zancajos, aconteció que, sin querer, me quedé dormido y, siendo así, comenzó el sueño a levantar tumultuosamente en mi revuelto cerebro, el mundo de sus caprichosas fantasías, y fue de manera, que me trajo al retortero todos los personajes de la novela famosa.

Danza triunfal en la que guardaban el ritmo acompasado todas las gloriosas quimeras que salieron del cerebro inmortal que valió por cuna al «Ingenioso hidalgo, nuestro señor Don Quijote».

Todos, unidos fraternalmente, como hijos que eran de un mismo padre, apenas si desafinaban en el contrapás que traían.

Cada uno de por sí podía danzar solo, no llevado ni guiado de otra música que el mismo rumor de sus sayas o faldellines al girar en el remolino de las vueltas.

Allá, la «Señora Peregrina» venía emparejada con don Diego de Carriazo, a quienes el alto ingenio del *manco sano* hizo padres naturales de la bizarrísima «Fregona»; esta a su vez, con mucho contento del ánima y regodeo de la persona, ofrecía su diestra, acostumbrada a bruñir la plata y secar la loza fina, el gentil Tomás Pedro que, por mejor servirla como rendido amador, asentó en la posada, de mozo de mulas.

El huésped sevillano (a lo que parece, lo mismo de mote que de naturaleza) danzaba con mucho garbo, al lado de su «oislo», la señora Gerarda; seguían con sus zafias maneras y sus picardías, las dos mozas asturianas y ya entradas en años, la «Argüello» y la «Carigorda», bien engarrafadas con sus galanes trashumantes, ello, sin perder de vista a «Torote» y «Barrabás», de quienes se tienen barruntos, que, como caballos de buena boca, no les hacían muchos ascos si venía a pelo.

No faltaban el Corregidor de Toledo, ni su despreciado primogénito en el amor de Constanza, ni aquellos mozos caminantes a la salida de Illescas, aunque estos quedaban a la margen del corro, con el doctor de La Fuente, lumbrera de las médicas y toledanas ciencias, a lo que se tiene averiguado muy amigo del señor don Miguel de Cervantes Saavedra.

Y aquí te doy esta glosa, hermano lector, no sin pedirte perdón, primeramente, por tomar en los pecadores puntos de mi humildísima pluma a los que ya tienen vida imperecedera por los siglos de los siglos.

Mas, como en el laberinto de mis sueños fueron servidos de tomar vida quimérica con anterioridad a la que le concede su verdadero padre, claro es que traído por su misma mano, pienso que debe serte de alguna curiosidad. Así, pues, no le mires con malos ojos, por ser un breviario más, aunque indigno, escrito en devoción profundísima de don Miguel de Cervantes (q. D. h.)

Con esto, señor mío y de cuantos con su claro o torpe ingenio viven por tu benevolencia, dobla la hoja, si eres servido, y te daré por bien criado.

¡Dios te guarde y a mí de tu indiferencia!

DIEGO SAN JOSÉ

I

La Señora Peregrina

Poco hacía que el rubicundo Febo, padre de la luz y consuelo de los niños y los viejos, que son quienes más agradecen y gustan de sus caricias, se había desperezado por la incomparable vega toledana, cuando «El Sevillano», hombre cincuentón, robusto y de no mal talante, salió a la puerta del mesón que ya más de media hora antes había abierto de par en par el mozo que este cuidado temía a su cargo, y saliendo del zaguán y dando la vuelta a la calle, se fue a la puerta trasera, que ya es pleno campo (junto al hospital de Santa Cruz); y como si le fuera cosa precisa para gobernar la hacienda, tomó información del cariz que el día presentaba; y hallándose con que parecía bueno y por parte alguna del anchuroso cielo aparecían nubes que pudieran tenerse por amenazas de lluvia, ni del lado de los montes soplaban vientos que diesen barruntos de mudarse el tiempo apacible, regresó a su casa, como amo que ya dio el primer vistazo a su hacienda y sabe a qué atenerse para regirla durante el día.

No bien tornara a pisar los picudos guijos del patio, se halló con una dueña quintañona, toda tocas y anteojos, prendas que ofrecían más prestancia y gravedad a su persona.

Tal balumba de serga, rosarios y cristales, luego de saludarle muy comedidamente con las palabras corteses y cristianas, a las que «E1 Sevillano» respondió con la misma urbanidad, dijo:

—Os ruega mi señora, que, si no tenéis cosa mejor que hacer por ahora, subáis luego a su aposento, pues quiere que en esta misma mañana sea la marcha y dice que le importa mucho hablaros.

El hombre, siempre cortés con sus huéspedes, por toda respuesta se encaminó hacia la escalera, que estaba y está todavía en la parte derecha del patio, conforme se entra de la calle, y presto dio en el aposento de su merced, situado en el primer piso.

***

Cuando la puerta de aquella estancia quedó franqueada, el tierno llorar de un niño irrumpió los ámbitos, sobreponiéndose a las roncas voces de los mozos de mulas, que acudían a su menester, y a la de los arrieros, que entraban y salían en su ordinario trasiego.

Entró nuestro buen hombre y tras él quedó tan encajada la puerta, como si hiciera mucho espacio que no girara sobre sus goznes.

En medio del aposento, arrellanada en un gran sillón de estos de vaqueta, había una hermosa dama, como de cuarenta años, poco más o menos.

En su noble faz, avalorada por unos hermosísimos ojos negros, se advertían las huellas de un sufrimiento que, acaso teniendo su germen en el alma, había florecido en el cuerpo.

Respondió a la salutación del mesonero y, luego de ella le habló muy comedida tales palabras:

—Buen hombre, así Dios os pague largamente en el Cielo, y como merecéis, la grande caridad que a una mísera y desvalida criatura le habéis hecho.

Iba a protestar el mesonero de aquellas corteses y agradecidas razones, pero la misma dama le atajó las humildes excusas, antes de que le salieran al zaguán de los labios.

—Dejadme hablar a mí —le dijo— que el tiempo urge para salir de aquí cuanto antes sea posible. Vos, vuestra esposa y estas tres mujeres que me acompañan, sabéis únicamente el verdadero mal que me hizo aposentarme forzosamente en este mesón, que ha sido la llegada de un ángel, sin que yo se le pidiese a Dios, ni para que llegara haya puesto a contribución la honra. Mis otros criados ni siquiera conocen mi nombre verdadero, no saben más de que me llaman «La Señora Peregrina», por un voto que tengo hecho, de ir en romería al santuario famoso de la Virgen de Guadalupe. Vos y vuestra mujer me habéis asistido tan bien, como no es posible que lo hubieseis hecho mejor con una hija de vuestra sangre. A la niña no puedo llevarla conmigo por ahora, pues con ser ella un querubín del Cielo, como parece, no podría echar sobre mi acrisolada fama sino un montón de cieno. Acá se os quedará por ahijada, hasta tanto que yo pueda enviar por ella, sin que en mi honrado nombre aparezca el menor hálito de impureza. Por despistar a la gente que traigo conmigo, proseguiré mi peregrinación a Guadalupe, en que la tengo confiada. De retorno, volveré a pasar por aquí y entonces os daré las últimas instrucciones. Por ahora solo me atrevo a suplicaros que me hagáis la merced de recibir estos doscientos escudos, no como pago a lo que vos y vuestra mujer habéis hecho por mí, sino, simplemente, por vía de agradecimiento muy sincero.

Hizo el hombre no pocas protestas, tanto para admitir a la niña, como para aceptar la dádiva; pero fueron de tanto peso las razones de la hermosa matrona, que el buen «Sevillano» no tuvo otro remedio que someterse.

Dio órdenes de parte de su merced para que se acelerasen los preparativos del viaje, y de allí a poco más de media hora, salía en su coche de camino acompañada de las mujeres y precedida de los espoliques.

Todo el que la viera marchar con tanto aparato, pensara que no era menos que una princesa de la sangre...

Pasados que fueron veinte días, tornó «La Señora Peregrina» a Toledo, se encerró con el huésped y su mujer, y luego de lo que pudieron hablar (que haciendo cuenta del tiempo que permanecieron reunidos no hubo de ser poco) partió, sin dejar la más pequeña huella de su persona.

***

Una deliciosa novedad constituyó la niña en la posada.

Era como una flor nacida entre los bancales de un huerto, y no se piense que el símil sea traído por los cabellos, porque en aquel lugar, no otra cosa se veía por todas partes que las hortalizas que dan Valencia y Murcia, los granos de Castilla y los vinos de la Mancha, pero ninguna de las aromosas galas que producen los vergeles andaluces y levantinos.

Todos eran a la muchacha, y la muchacha con todos hacía buenas migas, como si conociera que todos eran a quererla de corazón, por aquello de que a todos la habían

dejado encomendada, hasta que Dios proveyera, los incógnitos padres que la trajeron a las intrincadas sendas de la vida...

Ni las broncas vozarronas de los asiduos parroquianos del mesón le ponían espanto, ni las barbazas de quince días sin afeitar que al besarla arañaban su rostro fino y blando acarreaban lágrimas a sus lindos ojos azules como dos gotas de cielo.

Iba de una mano a otra, como botillo en ágape de gañanes, y de ninguno le parecía que se hartaba bastante.

La huéspeda, que pronto comenzó a quererla como madre (y si se atiende a la edad bien pudiera serlo), le buscó por ama una rolliza villana de la Sagra, que de unas conversaciones que hubo con un buhonero salió florecida de un angélico que, por no verle Dios andar por el Mundo sin licencia de la Santa Madre Iglesia, le llamó para aumentar el infantil coro de su gloria; y tan gentilmente hubieron de hacerlo entrambas, la moza con darle su sangre y la niña en admitirla, que dice que era un puro rollo de manteca.

No sé yo de infanta ni princesa, que con tanto regalo y tanto mimo fuese cuidada.

¡Cuerpo de Dios, con la muchacha, que no parecía sino que hubiese venido a deseo!

II

La sobrina Constanza

Sobre aquella mañana pasaron los años plácidamente, así como sobre la Tierra pasan las nubes blancas, cual pulidos vellones de algodón, que no recogieron agua en las olas de la Mar ni en las cuencas de los ríos.

Parecía que nada había sufrido mudanza.

Algunas canas más en la cabeza de «El Sevillano» y en los aladares de su consorte, pero ni una arruga sobre las que ya tenían en los apacibles rostros de entrambos.

Es decir, una novedad cuentan que hubo y de no poca monta: la villana de la Sagra, que valió por nodriza de Constanza, volvió a encontrar a su buhonero que ya harto de andar por veredas y caminos, viviendo a salto de mata, como dicen, y asaltando a las veces los huertos cercados, con lo que a mil contratiempos se exponía, se acogió a iglesia, como pecador arrepentido: quiero decir que se casó, y, ayudado el matrimonio por «El Sevillano», montaron una venta en el camino real de Andalucía.

Constanza continuaba siendo alegría de la casa, y siendo como era una muchacha, mostraba singular afición por los ajetreos caseros a que se dedicaba su madre adoptiva.

El mesón seguía su marcha con buen viento, hábilmente regido por «El Sevillano», que era buen arráez de su gente y mejor timonel de su hacienda.

Le ayudaba su «oíslo»[1] en el gobierno de la casa y asistencia de quienes en ella posaban; con tan buen arte lo hacía que por ello no se le podían hacer menos elogios que a su rubicundo consorte, que medraba en panza y bolsa como un canónigo de la Santa Iglesia Catedral, Primada de las Españas.

Aunque bien lo hacían ¡gloria a Dios! como huéspedes honrados (y esta sola circunstancia, muy rara entre gentes de su clase y condición, ya era más que bastante para que acudiesen gentes a esa posada con preferencia a otras de Toledo), no era la hombría del huésped el verdadero anzuelo para la pesca de parroquianos.

El tal ganchillo, o por mejor decir imán de las faltriqueras, érase la garrida y soberbia moza Constanza, que para todos pasaba por sobrina de los dueños, a quienes Dios no fue servido de concederles ramas ni flores que tuviesen la savia de su mismo tronco.

Estampa más perfecta del buen donaire y de la honestidad no se había visto hasta entonces. Su edad sería como de quince años.

Para pintarla con inmejorable traza, recordemos las palabras que la han hecho inmortal:

«Su vestido era una saya y corpiños de paño verde con ribetes del mismo paño.

»Los corpiños eran bajos, pero la camisa alta, plegado el cuello con un cabezón labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una columna de alabastro, que no era menos blanca la garganta; ceñida con un cordón de San Francisco y, de una cinta pendiente al lado derecho, un gran manojo de llaves.

»Traía trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo; pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura.

»E1 color salía de castaño y tocaba en rubio, pero, al parecer tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar.

»Le pendían de las orejas dos calabacillas de vidrio, que parecían perlas; los mismos cabellos le servían de garbín y de tocas...»

Mas, no se entienda que ella se empleara en el bajo menester de servir como simple moza a las gentes del mesón, sino que, como una lugartenienta de la señora ama, regía el gobierno de la casa y era guardadora de la plata que había para honrar a los huéspedes de calidad.

Muchos de estos hubiesen dado las pajaritas del aire porque Constancica les aderezase una mesa (si era que ellos traían la vianda, porque «El Sevillano», para quitarse de molestias y engorros, no guisaba más que lo que le trajeran).

Nunca, fuera de las palabras precisas que se ofrecieran para tomar una orden que enseguida trasladaba a las mozas de servicio para que prestamente fuese cumplida, se la vio en conversación con nadie fuera de aquellos con quienes andaba en el trato cotidiano.

Dos criadas ya talludas, llamadas «Argüello» la una y «Carigorda» la otra —de la misma

[1] Su mujer.

hechura y del mismo barro que aquella *Maritornes* que perpetuamente hubo de quedar inscripta en el mejor libro que hace compuesto en lengua española —eran quienes llevaban sobre sus anchas costillas el peso bruto del negocio hospederil, y, mejor que con nadie, lo hacía con arrieros y trajinantes, a los que traían siempre en pleitos y contiendas sobre sus zafias personas.

III

El mesón de «El Sevillano»

El mesón de «El Sevillano» era sin duda alguna el que más prestigio gozaba en la Imperial Ciudad, y solo podía mirar con algún recelo, porque también tenía su aureola y a la verdad no mal ganada, a la posada de la «Hermandad», que está bajando hacia las Casas Consistoriales, y al mesón de «El Lino», escondido en un recoveco allá por la calle de la Plata.

Así es que de continuo este de junto a la «Sangre de Cristo» que traigo entre los puntos de la pluma era visitado por más gentes de calidad que aquellos, sin dejar el trato con arrieros, que suelen ser gente que traen la bolsa mejor provista de lo que se piensan quienes no los conocen bien.

No exageraba ni echaba bernardinas la señora ama cuando se llenaba la boca con decir que en su casa se hospedaban mercedes y señorías, pues así era la verdad.

Muchos magistrados que hacían la ruta para las naves que tendrían que dejarles en alguna audiencia de las Indias, como presidentes, allá se hospedaban cuando pasaban por la rica y famosa perla que baña el por aquella parte caudaloso Tajo.

Tal cual prócer que viajaba de incógnito, como un simple menestral, allí pasó más de una noche, y aseguran que no partió quejoso, pues que, agradecido del buen trato que recibiera, pagó más del estipendio concertado.

Fuera de estos señores poco frecuentes, que no dejaban tras sí más huella de su paso que su largueza y buena moneda con que pagaran, todos los demás eran parroquianos viejos en casa; hortelanos de Ocaña, villanos de la Sagra, alfareros de Talavera, pajeros de Fuenlabrada, cosecheros de Esquivias y labradores de Oropesa.

Una mañana de mayo, a las postrimerías de la centuria decimosexta, apareció en la puerta del mesón en demanda de hospedaje un hidalgo, cuya embarbada y noble faz daba cuenta de ver por primera vez el honrado huésped,

Llegó, como tenía por costumbre y obligación, a tener el estribo de la rucia mula que cabalgaba; y acaso esta vez acertó en la fineza con que comenzaba a ser agradable a los posaderos, mejor que ninguna de cuantas hasta entonces lo había hecho, porque el recién llegado estaba inútil de la mano siniestra, que traía descansando sobre una cinta de seda.

—Dios le guarde y le premie el auxilio —dijo el hidalgo, así como se vio en el suelo y mientras ponía las riendas de la cabalgadura en las manos mercenarias del mesonero.

—Con Él venga y en salud que le conserve —replicó «El Sevillano».

—¿Habrá posada y alguna cosa que comer? —continuó el viajero, a lo que tornó a responder el maeso:

—Posada hay, y no de las peores; pienso para la bestia también, más comida para vuesamerced no, como él no la traiga consigo, pues, por quitarme más trabajo, no quiero dar de comer por mi cuenta, que es mucho lo que se trajina y poco lo que se gana; pero a bien que en Toledo no le falta en donde dar gusto al diente y satisfacción al estómago, tan bien como en el más aseado y nutrido figón de la corte.

El descabalgado hizo un cierto mohín de mala conformidad, y por un momento se paró de lengua y pie, pensando sin duda en irse a donde le ofrecieran trato más completo.

—Mire, buen hombre —habló— que para mí es obra de mucha incomodidad de andar de un lado para otro, y más no conociendo la ciudad como no la conozco. Yo le daré lo que sea de razón para que me aderece lo que hubiere de comer, que ni por mis costumbres ni por mi condición humilde será obra de las cocinas del Rey, y sobre ello, tras de pagarle religiosamente, aún le quedaré agradecido.

«El Sevillano», que como hombre de negocio vio que si no atendía esa petición pudiera quedarse sin aquel parroquiano, que por la pinta no parecía de los que se van sin pagar, dijo, que por ser él —y ya queda dicho que era la vez primera que le veían sus ojos— quebrantaría el propósito que tenía hecho de no dar más que habitación, pero que no lo dijese a otros porque no lo incomodaran.

Y, tras de esto, llamando a un mozo, que se encargó de llevar la mula a la caballeriza, dio voces a su mujer y a Constanza para que acomodasen al recién llegado en uno de los cuartos que había desocupados en el primer piso.

El hidalgo, así de como topó de buenas a primeras con la bizarría de Constancica, no pudo por menos de maravillarse de haber descubierto tan linda perla en tan villano lugar, y preguntó al huésped:

—¿Es hija vuestra, buen hombre?

A que respondió aquel con un poco de pesadumbre por tener que dar razón negativa, y otro tanto de satisfacción porque tuviesen tan linda alhaja por prenda de su vida.

—Sobrina, señor.

—Pues que Dios os la bendiga y conserve tan lozana lo más que sea servido —replicó el hidalgo, y tomó escaleras arriba, precedido de la buena moza, que de que oyó tales elogios en elogio de su bizarría, no acertaba a levantar los ojos del suelo, como si alguna cosa se la hubiese extraviado...

En cuanto se halló solo el hidalgo, se mudó de la ropa que traía de repuesto en una maletilla de estas de alfombra con aplicaciones de cuero, y salió a la calle preguntando antes que por dónde se iba a la iglesia Mayor.

IV

El hidalgo de Esquivias

No se sabe, ni nadie hubo bastante indiscreto que fuese capaz de preguntárselo, qué negocios eran los que llevaban al hidalgo a la ciudad de Toledo, pero había cierta comezón que hedía un poco a covachuela, quise decir pleitos y chinchorrerías familiares.

El hombre salía muy de mañana, tomaba como primera obligación oír misa en el vecino monasterio del Carmen, tornaba luego a tomar algún refrigerio, y volviendo a salir, no daba la vuelta al mesón hasta que eran sonadas las Ave Marías.

Después de comer, teniendo convidado algunos días al doctor de La Fuente, médica y toledana eminencia con quien hizo pronta amistad, echaba un poco de siesta y como al filo de la media tarde, bajaba al patio a echar un rato de parleta con unos y con otros; porque ha de saberse que era hombre muy llano, que se preciaba (y justo será reconocer que con harta justicia) de gran conversador y amigo de observar las palabras como las acciones muy por menudo. Tan bien se llevaba con los arrieros como con las gentes de calidad que hacían alto en la posada, y así se entretenía con los gallofos y cicateruelos de «Zocodover», como con los soldados de la Santa Hermandad, si por acaso entraban en el mesón al recelo de algún malhechor huido; porque ha de saberse que esta vez su merced estuvo en Toledo toda una semana.

Constancica solía gustar de sus cuentos y donaires, que los tenía de todo punto extremados, y cuando terminado que era el diario quehacer no tenía cosa de más urgencia en que emplearse, le buscaba para que le contase historias maravillosas y la dijese lindos versos.

—Tan discreta eres —parece que le dijo más de una vez— como bonita, y poco sé yo de lindas historietas, o tú habrás de servir para que alguien que yo conozco escriba.

—¡A fe que en todos mis días vi mayos tan floridos! Pues yo te digo que te guardes de Amor cuando le veas llegar, que el que anda perdiendo almas de hombres y mujeres, no acontece ser de tan buena índole y honestas prendas como el que encontraste por las páginas de aquel libro mío.

—No me asuste, señor, que yo oído tengo, que a ese tal inquietador de los corazones le pintan niño y ciego.

—Con una venda puesta en los ojos, que no es lo mismo, y así él que como muchacho no puede dejar de ser travieso, se la corre a hurtadillas, y como ve por dónde camina, hace bellaquerías a conciencia. Cierto es que tiene una formidable enemiga, que es la codicia, y quejándose de ella, yo acerté a pintarle una vez hablando con su madre, en unos Versos que si no te cansaran te los habría de decir.

—Dígalos, señor, y Dios se lo pague, que también me gustan los versos, y a mi corto entender, los diputo por las más lindas flores de los vergeles del ingenio, cuando ellos son buenos.

—Discreta eres, y con esto que acabas de decirme, ya lo tienes todo ganado para lograr en mi afecto sólido de preferencia. Plegue a Apolo, que después de oírles no me digas tú lo que me dijo un librero en cierta mala ocasión.

—Y, ¿qué le dijo aquel mercader de libros, si es cosa que puede saberse?

—Que de mi prosa podía esperarse mucho, pero de mis versos, nada...

Y tras de subrayar esta necia diatriba, dicha por un espíritu adocenado y de entendimiento romo, llegándose más a Constanza y bajando mucho la voz, porque las rimas por ser pájaros del alma no volaran a los espacios, recitó con mucho donaire el señor Miguel:

«Has de saber, madre mía,
que en la Corte, en donde he estado,
no hay amor sin granjería,
y el interés ha usurpado
mi cetro y mi monarquía.
Yo, viendo que mi poder
poco podía valer,
usé de astucia y vestime,
y con él entretuvime
y todo fue menester.
Quité a mis alas el vuelo
y en su lugar me dispuse
a volar con terciopelo,
y al instante que lo puse
sentí aligerar el vuelo.
Del carcaj hice bolsón,
cetro del dorado arpón,
de cada flecha un escudo,
y con esto y no ir desnudo
alcancé mi pretensión.
Encontré entrada en los pechos
que a la vista parecían
de acero o de mármol hechos,
pero, luego, se rendían
al golpe de mis provechos.
No valen en nuestros días
las antiguas bizarrías
de los Heros y Leandros,
y valen dos Alejandros,
más que doscientos Macías...»

* * *

Mucho gustó la hermosa muchacha del lindo apólogo que con muy buena gracia supo recitarle el hidalgo de Esquivias, aunque tuvo la ingenua franqueza de preguntar quiénes eran aquellos Heros, Leandros y Macías, pregunta de que su merced se rio no poco, diciéndole que, ya que tan aficionada era a leer, él curaría de sumar a los libros prometidos, otros que le contasen la Vida y milagros de tales caballeros.

—Mas, para consolarte un poco de que Amor tenga sus puntas y collares de bellaco, quiero contarte ahora por qué dicen que es ciego —prosiguió el señor Miguel.

V

Donde el hidalgo de Esquivias cuenta a la hermosa Constanza por qué es ciego Amor

De saber has, hermana Constanza y nunca bien ponderada de discreta, así Dios te guarde y Él sea conmigo en la hora suprema de mi muerte, que esto que voy a contarte, pensado lo tengo para escribirlo en verso, cuando tenga unos días de sosiego y cosas de menos enjundia en que emplear la imaginación, que ya te dije que los libreros me toman cuanto escribo en prosa, mas con los versos andan reacios en demasía.

Érase esto que vas a oír, en aquel tiempo bastante alejado del nuestro, que parece guardado en los libros de cosas extraordinarias y bellamente descabelladas, esos de que denantes me hablaste y que parecen ser tan de tu agrado.

Había cierta infantina dueña y señora de cierto lugarón de Castilla, que una tarde estival estaba muy desolada en su cámara, porque un lindo paje, de los muchos que tenía a su servicio, parece que había llamado a las puertas de su corazón, con ínfulas y tiranías de enamorado a las que, gustándole, porque has de saber que era un mozo bizarro, no podía responder a causa de no ser de su misma calidad.

Cuando más ensimismada y meditabunda estaba con su pensamiento, hete que ve junto a sí a un lindo rapaz honestamente desnudo, como un niño de seis a ocho años, adornado con dos hermosas alas de ángel; cruzado a los pechos, traía un carcaj lleno de blancas y doradas flechas, y en la diestra mano blandía un arco. De esta manera se representa el Amor, como en aquellos versos te dije.

Como viera que la niña estaba triste, se puso a consolarla con unas tiernas y dulces palabras, que nadie como él sabe decir cuando bien quiere.

La infantina, aliviada un poco la pesadumbre que la embargaba, le escuchaba con muestras de mucho contentamiento, cuando alborotadamente, con gran estrépito de locos cascabeles y desconcertados aparatos de necias bojigangas y chocarreras contorsiones, caló en la estancia, sin anunciarse, el bufoncejo del castillo.

Así como vio que su ama estaba en tan gentil compañía, comenzó a tomar al muchacho por blanco de sus burlas desdichadas y sandias.

Ni este ni la damita hicieron caso en principio a los ademanes de la sabandija, quien se torturaba el pobre ingenio para que en la bella faz de su ama y señora se dibujase la huella de una sonrisa, ya que no una franca y sonora carcajada; pero todo parecía en vano, el

ruido de los cascabeles y la estridencia de las voces salían por la ventana, así como la luz del Sol y el olor de los campos entraban en la estancia, con harto agrado de los sentidos, llenándola de todos los encantos de la Primavera, que es juventud de la Vida.

Al fin, el bellaco ganapán, indigno del buen humor, como todos los de su clase y condición, que viven a costa de profanar el ingenio, acertó con hacer tal chocarrería y decirle tan grosero chiste a Cupido, el cual estaba rojo, no sé si de ira o de vergüenza, que consiguió que la infantina se riera, aunque la risa fue arrancada poniendo en la picota el Amor, quién, por no sufrir más agravios, echó a volar y salió por la ventana.

A este tiempo, ya casi había cerrado la noche, y como parece que no conocía bien aquellos caminos, temiendo extraviarse en el bosque, se acurrucó en el hueco de una añosa encina, y de allí a poco, pensando en su derrota, aconteció que se quedó dormido.

Muy de mañana, que aún no había dorado el Sol los picos de las cumbres que eran atalayas de la sierra vecina, acudieron unas muchachas de la aldea a buscar agua en una fuente escondida.

Desde lejos, vieron al dormido y comenzaron a hacer pronósticos de quién pudiera ser el que tan bello, tan muchacho y tan desnudo pudiera estar a tales horas en aquel lugar, y yéndose llegando con su porfía, advirtió una de las mozas que la suave luz de la mañana se quebraba en dos gotas cristalinas que tenía en los ojos. Hizo notar a la otra las circunstancias, y sin más pruebas, por sí y ante sí, determinaron entrambas que aquello no eran sino dos cuentas de cristal que podrían servir muy bien para sus juegos, e hicieron propósitos de arrebatárselas, aprovechándose de que estaba dormido.

Comenzaron a discutir a quién correspondían; porque como eran egoístas, no estaban dispuestas a repartirse el hallazgo por partes iguales, y riñendo entre sí, se llegaron con las uñas afiladas como garfios, en su afán de aprisionar bien la presa entre sus dedazos groseros, y le sacaron los ojos, mientras que lo que ellas creían dos cuentas de vidrio y no eran sino dos lágrimas, se le corrieron al triste hasta la boca, confundidas con la sangre, y le supieron a hiel.

Ya sabes, pues, divina Constanza, por qué es ciego el Amor. Con ello tienes una página más que añadir a tus ingenuas lecturas.

La Codicia es quien a diario saca los ojos a Cupido, porque has de saber, que como el Sol en la Tierra, nacen en su cara todos los días, pero pocas veces llegó la noche sin que algún alma egoísta se los haya saltado.

VI

En donde aparece Tomás Pedro

Cuando en la mañana siguiente pidió el hidalgo su cuartago para volverse a la villa de Esquivias, en donde parece que a la sazón vivía, sin que fuese en tal lugarón de asiento, le sacó uno de los mozos el trato con los huéspedes y cierta compostura de sus palabras,

que no eran tan avillanadas como las de sus compañeros, no parecía haber sido criado para carne de mesón.

Desde el primer día que don Miguel llegó a la imperial ciudad, hizo, como dicen, buenas migas con él. Se llamaba Tomás Pedro y no representaba contar arriba de veinticinco o veintiséis años.

Cuando no tenía qué hacer, se agarraba a una guitarrilla que sabía tañer con buen aire, y acompañándola de una voz que si no era muy buena tampoco podía decirse que fuese desagradable, se entretenía a sí mismo y a cuantos querían escucharle cantando muy lindas tonadas.

Una de las veces en que le oyó el hidalgo, que era hombre de mundo y al parecer de historia por haber corrido muchas tierras, exclamó:

—Por mala ventura vuestra, ¿habéis estado en cautiverio de moros?

—No estuve ni Dios lo quiera, mas, ¿por qué lo dice vuesamerced? —respondió y preguntó a un mismo tiempo el mozo; y replicó el hidalgo.

—Porque yo que sí estuve, solo he oído allí esa copla.

Y porque entiendas a qué copla se refería, hermano lector, sabe que era aquella tan conocida que hasta nuestro tiempo ha llegado saltando las empolvadas fronteras de los siglos:

«Si mi madre fuera mora
y yo nacido en Argel,
renegara de Mahoma
solo por venirte a ver,
hermosa y blanca paloma».

—Pues no estuve allá —replicó el muchacho —mas lo que pasa, es que hube grande amistad con quien se pasó en cautiverio la flor de su vida.

Y como sobre este acaecimiento se extendieran algún poco en conversación, terminó el mozo de la posada por captarse el afecto de su merced, y por cabo le puso en autos de algunos capítulos de su vida, que venían a dar fe de cómo el hidalgo era un gran conocedor de espíritus.

* * *

En tanto que él camina sosegadamente a su lugar de Esquivias, de donde prometiera volver de allí a poco espacio, sepamos, siquiera sea someramente, quién era el mozo Tomás Pedro, y por qué, teniendo trazas de estar marcado para más altos y honrosos destinos, había venido a dar en mozo de mesón, aunque fuese en el más famoso y acreditado de Toledo.

La historia, va tal y como salió de los labios del muchacho para caer en los oídos de don Miguel.

VII

La historia de Tomás Pedro

Tomás Pedro, siendo como era hijo de muy honrados padres, criado en ricos pañales de holanda, siendo encanto y recreo de quienes le dieron el ser, fue un desheredado de la vida, según las vejaciones y pesadumbres que sufriera desde que tuvo uso de razón.

Cuando la flor de la mocedad comenzaba a abrirse en su huerto, tuvo la malaventura de perder al jardinero que le cuidaba. La madre, moza más que el difunto padre, cuanto menos en veinte años, no le guardó luto por mucho espacio, pues cumplido apenas el aniversario, no tardó en procurarse nuevo marido.

Tan mal sentó al huérfano el ver ocupado el puesto del autor de sus días, que haciendo honor a la sangre altiva que inundaba sus venas, no lo quiso sufrir, y una noche, cuando hacía rato que todos dormían en la casa, se descolgó por una ventana y sin más equipaje que un hatillo en el que llevaba un vestido nuevo con unos cabos de calzas y zapatos, más una bolsa mal henchida con dos docenas de escudos, salió de la ciudad de Burgos, que era su patria, y se puso en camino para la corte, pensándose que en ella encontraría trazas para vivir como Dios fuese servido, pero desde luego con más honra y vergüenza de hijo.

Pero la corte, en fuerza de ser el mar de todas las vidas de la república que a ella acuden, en uno de los violentos reflujos con que se desembaraza de lo que le sobra, le tornó a los caminos del mundo, en los que fue preciso bogar por propio impulso.

Saliendo una mañana por el puente de Segovia, tomó la ruta de Andalucía porque pensaba que Sevilla era, como si dijéramos, la segunda capital de las Españas.

Hasta llegar a la ilustre y alegre metrópoli del Guadalquivir, se defendió pidiendo limosna unas veces y otras sirviendo, en ventas y paradores, a quien quería utilizar sus servicios a cuenta de la comida y algún que otro real para remendarse sus vestidos.

Llegó por fin a Sevilla, luego de tantas y tan continuas pesadumbres que sería de harta prolijidad el traerlas a cuento.

En la playa de Sanlúcar (hasta donde se acercó en su deseo de ver el mar, que solamente de oídas acertara a comprender qué cosa fuese), tiró de la jábega y el copo, remendó redes, embreó barcazas y recosió velámenes para poder sustentarse.

Tuvo un patrón marinero, el cual tenía una hija de tan buena cara, que traía al retortero a cuantos la miraban una sola vez. Porque no le acaeciera bien en cuanto ponía mano, tuvo la mala ventura de enamorarse de ella. La tal, a quien llamaban Marisol, y era abeja que gustaba de muchos zánganos, le consintió más de lo justo, con lo que el infeliz se creyó a punto de ser dueño de tan gentil prenda... Pero, una noche, en que ella se pensaba que Tomás Pedro estaba en la mar, a la que este no fue, porque a punto de embarcar se ofreció al patrón que se quedara en tierra para atender a unos acaparadores que habían de venir de Sevilla, acudió a la reja como lo tenía de costumbre y la halló ocupada por otro galán.

Aunque ya tenía algunos barruntos de que aquella moza no servía para dar satisfacción a un amor honesto, no fue hombre para sufrirlo, y sacando violentamente al agregado del lugar que él, por derecho propio, estimaba de su exclusiva pertenencia, sin que nadie fuese atrevido a disputárselo, se metió con él en pelea, y fue con tan negra y desdichada fortuna,

que de un mal golpe de daga, le dejó tendido a los pies mismos de lo que el infeliz tomara poco antes por altar de su alma.

No estaba en su ánimo hacer un mal tan grande y que no tenía más compostura que el de la tierra cristiana echada sobre el cuerpo difunto, y así de como vio a su rival tinto en sangre y con los ojos puestos en el cielo, a donde en su hora postrera recurría, se asustó del apretado lance en que le metieran sus celos.

Como en el instante mismo de haber satisfecho la venganza de su hombría ultrajada le entraron las bascas del arrepentimiento, miró a ver si podía hacer alguna cosa por aquel desgraciado, que, por sus propios pasos, se iba camino de la otra vida.

Le tomó en sus brazos, como si fuese el mayor amigo, y le llevó un poco más allá, donde la pálida Luna reflejaba su faz de plata.

Nada podía hacer.

La sangre corría a borbotones por la abierta herida, y en el rostro comenzaba a poner la «Descarnada» su horrible carátula.

El triste, que como puesto al borde de la hora suprema, tenía prisa en desprenderse de las cargas mundanales, volvió a su matador los apagados ojos y con gran trabajo, como quien ya pisa las fronteras de la Eternidad, le habló tales palabras que para el trance apurado en que se encontraba, no falta quien diga (y no sin falta de razón) que fueron muchas.

—Certero fue el golpe; no he menester de más pasaporte para entrarme eternamente en el pavoroso reino de las tinieblas, pero como fue dado valientemente, cara a cara y de hombre a hombre, no os guardo rencor; desde aquí mismo os perdono, y así no quisiera yo que por mí se os parara tanto perjuicio que perdieras la libertad y acaso la vida, si como presumo no tenéis dineros para suavizar las uñas de escribanos, procuradores y demás larvas que corrompen la Justicia. Idos presto y dejadme morir en paz, ya que conmigo no hay que hacer sino enterrarme, que la extremaunción ni aun pienso que a tiempo me llegue.

Y dicho esto, como si no le quedasen más negocios que dejar arreglados en la plaza del mundo, expiró en los brazos de su leal enemigo, el cual, porque algo se le alcanzara de la Divina gracia, le puso en los labios la cruz de la misma arma que le arrebatara la vida.

VIII

Donde a Tomás Pedro, tras de haber hecho una muerte, se le ofrece salvar una vida

A fin de ahorrarse los inherentes y molestos tratos con la justicia, que fatalmente habían de venir, aquella noche puso tierra por medio, viniendo a dar con sus cansados huesos, al cabo de tres días de incesante caminar por atajos y vericuetos, a fin de no toparse con los crueles y mal encarados cuadrilleros de la Santa Hermandad, en un lugar de la serranía cordobesa, que llaman Adamuz.

Allí, siguiendo su anterior costumbre de servir para ayuda de costa del camino, entró al servicio del médico de la comarca, el cual, como viese en él un mozo avispado, tuvo a gran dicha el admitirle para que le cuidase la mula y aun para que, a las veces, le hiciera oficio de practicante, ya que para matar sin peligro de cárcel y menos de horca, no es menester muy grande ciencia.

No le iba mal con el nuevo empleo, fuera de que tenía que andar muchas jornadas a pie detrás de su amo, bien acondicionado este en una poderosa mula de paso no corto. Porque parece orden de los criados de los galenos, que han de seguir a estos a pie cuando hacen la visita, a fin de acudir con más ligereza a tenerles el estribo a tiempo de apearse y cuidarse después de la cabalgadura, hasta que dan la visita por finada.

Así se explica el que estos pobretes apenas toman las sueltas riendas en sus manos, se sienten en poyo del portal donde tienen que esperar, y tomándoles Morfeo bajo su férula, no les despierte ni un tren de artillería.

A este propósito, quiero recordar lo que le acaeció a cierto fámulo doctoral, asturiano por más señas.

Fue el caso, que este pobre hombre —que de la noche a la mañana iba royendo los zancajos a su doctor, sin más esperanza de que los tristes enfermos estuviesen bien cerca de entregarle a Dios sus almas, porque más larga fuese la visita— tanto anduvo un caluroso día de agosto, que ya cuando faltaba poco para acabar la faena, se quedó dormido como una marmota, teniendo bien arrolladas al brazo las bridas de la cabalgadura.

Para desdicha suya, acertaron a pasar por allí unos gitanos cuatreros, quiero decir de los que más particularmente ejercitan sus mañas en el robo de las bestias. Como los tales vieron tan brava pieza del orden mular, en el mismo instante la marcaron como suya.

No fue inconveniente para ellos el que el mozo tuviese asidas las bridas, porque, desabrochando la cabezada, pudieron alzarse con la caballería.

Cuando el muchacho despertó y se halló sin la mula, pero con el atalaje que no era malo, sino de buen cuero cordobés, se llevó las manos a la cabeza como quien se sume en una profunda meditación y dijo para su capote:

—Vengamos a cuentas: o sois Toribio o no sois Toribio. Si sois Toribio, criado del doctor Cedillo, os han robado la mula y maldito seáis vos y toda vuestra casta; si no sois Toribio, ¡bendito sea Dios, y qué brava cabezada os encontráis!

***

Volviendo a Tomás Pedro, digo que no le iba mal con el matasanos; pero no era el empleo muy a propósito para su genio, porque más altas y honradas miradas le andaban por las alborotadas celdillas del cerebro, que bien es que un hombre alce la vista hacia las Veletas de las torres, en vez de bajarla a los cimientos de los palacios.

Un día, pues, que creyó que con las dietas de su salario ya tenía alguna suma con que hacer frente a los gastos de un largo camino, pidió sus jornales y se puso de nuevo en plan de marcha, con harto sentimiento de su amo, que no se ocultaba para decir que perdía en él el mejor fámulo que tuvo desde que se había doctorado por Salamanca.

Como unas seis u ocho leguas llevaría andadas, cuando a mano diestra, de entre unas zarzas, le pareció oír quejas de persona dolorida.

Comenzaba a ser noche.

Llegó a donde partían los gemidos y se halló con un hombre que pugnaba por desasirse de algo que le atenazaba cruelmente.

Como vio que había quien llegaba al angustioso eco de sus lamentos, exclamó, como deben plañir las ánimas del Purgatorio, cuando ven llegada la bendita hora de que un ángel les tienda su mano protectora:

—¡Por la Pasión de Dios! Quienquiera que sea, hermano, mire a sacarme de este cepo zorrero en que he caído, que sin duda tiene de haberme quebrado la pierna que me pilló; pero mire bien en donde asienta el pie, porque sospecho, que todo este sitio ha de estar erizado de estos infernales aparatos.

Tomás Pedro quedó parado, cómo si fuertes pigüelas le dejasen los pies sin movimiento en el mismo lugar donde le vinieron a coger las razones de la saludable advertencia.

Tentado estuvo de aconsejarle al paciente que se aguardase como pudiese hasta el día en aquel potro de tortura y ofreciese a Dios los sufrimientos en descargo de sus culpas, pero en su generoso corazón tuvo más eco la voz de la piedad que la del egoísmo, y andando con mucho tiento, aprovechando con toda la fuerza de sus ojos los postreros rayos del Sol, llegó a donde estaba el infeliz.

Con no poco esfuerzo, logró libertarle del martirio en que se veía y tomándole luego en sus brazos, sin dejar de tener buen cuidado en no caer en ninguna trampa, le sacó al camino real.

Con un poco de romero mascado, que siempre llevaba a prevención, contra la mordedura de los canes, y un buche de vino de botillo que traía colgado junto al morral, lavó las crueles heridas que más que de cepo zorrero, de africano león parecían.

IX

Donde la víctima del cepo cuenta su historia a grandes rasgos

En tanto que tan alta y tan laudable obra de caridad hacía el mozo, le dio el malaventurado alguna razón de su persona.

No hacía más que un mes que fuera cautivo en Argel, en donde estuvo obra de cinco años sufriendo toda suerte de privaciones y calamidades, que así hubieron de minar por manera notable la salud de su cuerpo como la tranquilidad de su espíritu.

Antes de que tuviera la desdicha de dar en las mazmorras de los desalmados moros, había corrido el contrabando por las aguas del Atlántico, entre España y Portugal, siempre con mil riesgos y sobresaltos, de los que ordinariamente salió a flote, aunque, por más de tres veces, estuvo bien a punto de contar el cabo y el final de sus días. Mas uno de estos que nunca pensó que pudiera tenerle por tan postrero, el ímpetu de los vientos contrarios y la

tuna de las aguas revueltas los puso cara al cielo la quilla de la galeota que les valía por banco de su ilícito negocio, y de veinte hombres que iban en ella, solos cinco quiso Dios que quedasen con vida, atarazados como lapas a un tablón de que pudieron asirse.

En esta inminente situación, acertaron a ver otra galeota mayor que la que habían perdido, luchando también con la furia de la tempestad.

Aunque harto conocían que cualesquiera que fueran los que la tripulaban, en manera alguna podían pensar que fuesen amigos, hicieron lo posible porque los vieran, pues pensaban que harto mejor es ser esclavos de los infieles, o carne galeota en las naves de España (pues el menester que habían traído no era ciertamente para mejor esperar) que ser pasto de los peces.

No fue preciso que los de aquella barcaza se acercaran a quienes tan desesperadamente los llamaban, que una ola monstruosa llevó a los náufragos a una de sus bandas.

No se habían equivocado los desamparados en sus recelos; aquellos tales eran piratas argelinos, que, con el cebo de la tempestad, andaban bravamente a la caza de alguna embarcación perdida.

Recogieron a los que tan apurados y dejados de las manos de Dios se veían, y desde aquel mismo punto y hora les marcaron por cautivos.

Dentro de su malaventura, hubo Alejandro (que este era el nombre del mordido por el cepo) la suerte de tomar confianza con el que el destino le marcó por amo, que le dejaba libre para que le hiciese algunos mandados en el zoco.

Uno de los días dispuso el ángel de su guarda que hubiese en la playa una lancha sin dueño, pero con los remos y el velamen aparejados, como si estuviese pronta a darse a la mar.

Le dio un vuelco el corazón; allí estaba el norte de la libertad que tanto anhelaba.

Miró si por alguna parte se descubría al patrón de la débil barquilla, y no halló sombra de persona; la mar estaba tan quieta y serena como el agua en un plato, y sin reparar en que al frustrársele la evasión le someterían a tan bárbaros y crueles tormentos, que acaso le sacaran el alma de la cárcel del cuerpo, desamarró la lanchilla y por la inmensidad de las aguas se lanzó, confiado a la clemencia del Cielo.

Tras de no pocos sustos y continuos sobresaltos, logró arribar a una playa andaluza, y desde allí determinó de ir a su pueblo, que estaba en el corazón de la Mancha, y acogiéndose después a un indulto general que diera el Rey, al aquel de algún triunfo conseguido por nuestras armas en cualquiera de las infinitas luchas en que nos hallábamos empeñados, emprender nueva vida de hombre honrado.

* * *

Como ambos llevaban el mismo camino, después que descansaron un par de días en una venta, para dar tiempo a que el excautivo se repusiera algún tanto de las crueles dentelladas que le produjeran los agudos dientes del cepo, reemprendieron la marcha.

Estando ambos perseguidos de la Justicia, se cuidaban mucho de no tener encuentros con los cuadrilleros de la Santa Hermandad, por más que ya habían tenido la precaución de desfigurarse, de tal suerte que no les reconocieran las mismas madres que curaron de traerles al mundo.

El olfato de los alguaciles de entonces no estaba mucho más aguzado que el de los policías de ahora, y así no les fue difícil sortear los malos encuentros.

El tiempo que duró la jornada en la que se ayudaron según el sistema de Tomás Pedro, esto es, sirviendo en pueblos y aldeas para procurarse con los salarios que quisieren darles alguna ayuda de costa, aprendió el mozo muchas y emocionantes cosas de la vida aventurera en la mar y de la dura cautividad de los tratos de Argel.

No fue mucho, por lo tanto, que el señor Miguel se maravillara un poco cuando oyó al mozo de «E1 Sevillano» cantar aquella tonada de pura estirpe argelina.

Y, así, de tumbo en tumbo como quien dice, dio un buen día Tomás Pedro en Toledo, habiéndose dejado en Quintanar de la Orden a su camarada Alejandro, que una vez puesto en su solar, parece que encontró medios sobrados con el amparo y ayuda de los suyos, que eran ricos cosecheros de azafrán, para no volver a las andadas.

Tomás Pedro tuvo noticia en la misma ciudad del Tajo, por unos arrieros burgaleses que estaban muy lejos de conocerle, de que su padrastro era muerto, habiendo dejado a su viuda, con ser una de las más ricas hembras de tierras de Castilla, muy cerca de pedir limosna. De que el mozo oyó tal, formó propósito de acudir a su madre ya que estaba sola y pobre en el mundo, y hasta tanto que consiguiese lo preciso para llegar a su patria con algún desahogo, se puso a servir en el mesón de «El Sevillano», donde le halló el ingenioso hidalgo de Esquivias.

X

En donde se divierte la gente del Mesón

Hacía tiempo que su merced, llegado aquella misma tarde de su villorrio, hacía lo posible por adentrarse en las gratas veredas del sueño sin poder conseguirlo.

De una parte, le estorbaban las hondas cavilaciones de sus particulares asuntos, de otra, el alboroto que venía de la calle, en donde, por ser calurosa la noche, se holgaba la gente moza con pretexto de ser festividad de la Virgen del Carmen, patrona del vecino monasterio.

Tampoco está bien dejarse en los suburbios del tintero que la tercera y acaso más poderosa de las causas que impidieran al buen hidalgo cerrar los ojos era el asfixiante calor que hacía en la estancia, a pesar de tener abiertas las ventanas de par en par.

Solamente esta causa y la alborotada barahúnda de sus inquietos pensamientos le causaban enojo, que de la bulla antes puede tenerse por cosa cierta que le quitaba una buena porción del mal talante, y más cuando oyó aquella voz agradable de Tomás Pedro,

que acompañándose de una bien templada vihuela, tan gentilmente administrado el caudal de sus sonidos como el tesoro de la garganta, cantó esta letra:

En el mar de la esperanza
navega mi corazón,
al impulso de una frase
que de tus labios salió.
La luz de tus ojos negros
que tienen rayos del sol,
es el norte que me guía
a puerto de salvación,
que si tus ojos se cierran
y no vuelvo a oír tu voz,
fuerza será que naufrague
mi angustiado corazón…

* * *

Queriendo gozar más de cerca el bureo, ya que el dormir era punto menos que imposible, se echó un coleto sobre los hombros sin embocar los brazos en las mangas y bajó al patio.

Tan pronto como su presencia fue advertida, le hicieron lugar preferente.

Para alivio del calor que se sentía, tenía el alegre consistorio, presidido por los mesoneros, un gran lebrillo repleto hasta los bordes de vino fresco en cuya inmensidad nadaban grandes rajas de limón. A tal bebida le dicen «sangría» por estas tierras.

Don Miguel se puso junto a Constanza, que se holgaba con presenciar la zambra sin querer entrar en ella.

Tomás Pedro, de quien ya queda dicho que por su buen donaire en el cante y su gentil destreza en el tañer era músico del baile, no quitaba ojo de la gentil moza, y se diría que cuantas coplas salían de su boca, para ella eran improvisadas y a ella iban dirigidas.

Quienes se hacían rajas a bailar eran las dos mozas del mesón, ambas rollizas asturianas, aunque antídotos contra el pecado carnal, pero que, a pesar de ello, no dejaban mozo en paz ni arriero con sosiego.

En un instante que cesó la música que se hacía en el patio, se oyó fuera otro instrumento cordal, no mal tañido, y así de como prendió unos cuantos compases, una voz, tampoco mal concertada, dio al viento estos versos vestidos de canción:

Amor, cobarde enemigo
te salió, señora mía;
pensó en pelear contigo
y vio que se entregaría.
Él te vino a consentir
en trances de pelear,
porque ufano dio en pensar que te habías de rendir.
Mas llegando a conocer
que eres, Constanza, harto brava

para poderte vencer,
tiró al suelo arco y aljaba
y dio a correr...

* * *

El único que, como poeta que era, se atrevió a hacer un comentario laudatorio fue don Miguel, que dijo:

—No está mal esa letra, ni la música que la envuelve, ni la voz que la canta.

A Constanza, a pesar de las tinieblas que había en el patio, pues la luz de dos candiles y un velón no bastaba para librar de sombras el recinto, se le subieron los colores del rostro hasta el punto de dar envidia a una amapola triguera.

Tomás Pedro miró hacia fuera, echando lumbres de odio por los ojos y exclamó:

—¡El corregidorcito!...

«El Sevillano», anonadado por la alcurnia del galán músico, resumió pasando la mirada por todo el senado:

—Paciencia. ¿Qué hemos de hacer?

Y antes de que todos (a quienes como se ve distaba mucho de parecerles bien la fineza) reaccionaran de su desagrado, tornó a sentirse la voz engarzadora de estos versos, en los que había algo de desdeñosa amenaza:

Sé que una noche cercana
Amor en tu calle entró,
y bajo de tu ventana
se paró;
Quiso darte pleitesía
y te cantó un madrigal,
pero su voz se rompía en el cristal,
y finalizaba en queja
que quedaba hecha dolor
en la preciosa labor
de tu reja.
Cuando el cantor acababa
por saber quien fuera, abriste
y observaste como triste
se alejaba.
Llamástele y el trovero
no acudió,
porque el amor verdadero
de mala gana pasó
dos veces por un sendero.

Y como si con tal amenaza quisiera dejar advertido que Amor resiste los celos, pero no los desvíos, cesó la música.

El primero que habló fue «El Sevillano»:

—A fe que entre la temperatura y la monserga del hijo del Corregidor, estamos pasando una noche toledana.

Don Miguel, que vio el poco agrado con que el agasajo amatorio había sido recibido, comenzó a ensartar donaires y consiguió, en fuerza de su ingenio, llevar la corriente por mejor camino.

—Venga vino y todo se acabe —dijo.

Como tuvo el jarrillo talavereño en la mano, prosiguió:

—Ahora que tengo el santísimo licor a punto de echármelo a pechos, me acuerdo de cierto cuentecillo que no viene aquí muy fuera de lugar, como acontece las más de las veces.

Como advirtieron todos que se prevenía ración de cuentos, a los que no hay nadie, por áspero que tenga el humor, que no sea aficionado, se agruparon más de lo que ya estaban en torno al señor Miguel, quien prosiguió de esta manera, empleando, por vía de introducción, la muletilla que es uso en las consejas populares:

—Érase que se era, y el bien que venga para todos sea y el mal para quien le fuere a buscar. Hubo en Alcalá, que por dicha es el pueblo en que vine al mundo, un hombre tan fiel y verdadero amigo del vino, que jamás pudo ni tuvo a voluntad de hacer amistades con el agua, no ya para bebería, pero ni aun para lavarse la cara. Le plugo a Dios que cayese en una grave enfermedad de la que se iba muriendo muy a poco a poco; llegó al cabo el día postrero y estando muy al cabo, pidió con grandes ansias un jarro de agua. Se lo llevaron, y como su mujer, espantada de tan desusada resolución, le preguntaron que cómo hacía aquella novedad, pues siempre había sido tan enemigo del líquido elemento como el diablo de la cruz, respondió con voz tan débil que parecía que tras ella se le iba la vida: «No es tiempo de enemistades, que ha sonado la hora en que el hombre se reconcilie con sus enemigos».

Se rio el donaire de muy buena gana, y como acontece que esto de los cuentos es como las cerezas y los besos, se vinieron ciento a la zaga, prosiguió el mismo hidalgo de Esquivias, en la materia:

—Estaban dos doctorcillos en ciernes, pues a la sazón no eran más que dos tristes sopistas por Salamanca, tratando de las señales de agua que se mostraban en el cielo antes de llover. Decía el uno que el tener cerco la luna era certísimo barrunto de lluvia; el otro decía que nada había que diera tan recias seguridades de abrirse las potentes cataratas de las nubes, como amanecer el sol muy claro. Un maestro de obra prima, que allí mismo tenía el zaquizamí de su oficio, salió, harto de las voces que daban los dos polemistas, y dijo:

—No se cansen vuesasmercedes ni se quiebren los cascos con más conjeturas, que yo sé bien cuando es la mejor señal de agua, que no osarán negármelo cuantos aran y cavan.

—¿Cuándo? —preguntaron los estudiantes; a que respondió el devoto de San Crispín:

—La mejor señal de agua es cuando no hay dineros para vino.

Poco más se habló de todo ello, con buena gracia y mejor humor, cuando salió al patio la «Argüello», y desde la misma puerta de la cocina comenzó a dar voces de que se enfriaba la cena, y aunque mucho era el contento con que todos atendían, se alzaron de los banquillos y tajuelas, movidos por la fuerza de tan apetitosas razones, y unos detrás de otros, llevando de cabecera a los huéspedes, dieron en la cocina.

XI

Donde Tomás Pedro se encuentra con un amigo

Retumbando sonoramente en el zaguán y en todos los ámbitos de la posada, en medio de esa quietud que suele haber en las mansiones netamente castellanas durante las pesadas horas de la siesta, sonaron por vía de salutación, las cristianas palabras de:

—¡Ave María Purísima!

Dos veces fue preciso que el que llegaba repitiera la frase, porque de momento nadie le respondió.

Al cabo de un buen espacio, como salida de lo más recóndito de la casa, se oyó otra voz, respondiendo:

—Sin pecado concebida —y tras de la voz dio en el patio el bueno de Tomás Pedro, que según la galbana con que acudía, estiramiento de brazos, etc., acusaba, harto elocuentemente, que en lo mejor de un apacible sueño había sido despertado.

—¿Qué se ofrece? —preguntó.

—¿Hay posada? —ornaron a preguntarle por vía de respuesta.

—Hay —contestó a su vez el mozo.

—Pues, entonces, hermano —replicó el que llegaba—me haga la merced de ocuparse de esta caballería, y luego vendrá a entenderse conmigo.

En este momento, paró en seco el recién venido, y haciendo mil aspavientos, como quien se regocija ante el inesperado encuentro de una persona a que hace mucho tiempo no ve, exclamó, soltando algún taco que otro, por la fuerza de la agradable sorpresa recibida, que había de estar a tantas leguas de su pensamiento.

—Pero ¿es posible que seáis vos Tomás Pedro?

—Tan posible es como el que seáis vos Alejandro Rebolledo, el que libré de las torturas de un cepo en aquel camino de Andalucía.

Y, yéndose el uno para el otro, se abrazaron estrechamente, y comenzaron ambos a darse razones de sus personas. Mas como no era cosa de incomodar a quienes a tales horas disfrutaban apaciblemente del regalo de la siesta, tomó el mozo el ronzal de la mula, a la que seguía su amo, y todos tres entraron en los estados de la caballeriza.

Alejandro Rebolledo, de quien ya se ha dicho que en su pueblo natal había encontrado un desahogado acomodo que le enjugaba muy bien de los sinsabores pasados, venía a Toledo, de camino para Lerma en la parte de Burgos, donde había muerto cierto cura, tío suyo, del que era único y universal heredero, e iba a hacerse cargo de la herencia.

Nunca pensó esperar gran cosa del ministro del Señor, pues siempre tuvo fama de tan enemigo de dar, que contaban de él que, jugando una tarde a la pelota, deporte en que era muy diestro, el que jugaba en su contra no volvió una jugada que estaba harto fácil, por lo que dijo el alcalde del lugar, que era árbitro de la partida:

—Cuerpo de mí, qué pelota habéis perdido que la volviera don Francisco, aunque jamás tiene costumbre de volver nada.

Se rio Tomás Pedro, y exclamó luego:

—Dios nos vuelve a juntar otra vez en las asperezas de un camino, pues, como no más que por espacio de ocho días queráis esperarme, esa mesma ruta tomaré con vos, pues también yo tengo determinado de ir a Burgos a recogerme al hogar materno que ahora más desolado y triste está que nunca.

—Mucho tiempo de espera es ese, hermano Tomás, y como lo que aquí os detenga no sea cosa mayor, mañana mismo podríamos emprender la caminata.

No quería aquel confesar que el cobro de su salario, que a este tiempo ya montaba lo que le parecía que había menester para mantenerse en el camino y no entrar en su casa con las manos vacías, era lo que le obligaba a esperar; pero, tanto apretó el otro los tornillos de la amistad, que como si fuesen los del tormento, no hubo Tomás Pedro más remedio que cantar en el ansia, y como tal oyera Alejandro, quiso que se partieran antes y con antes, pues haciendo alarde de ser agradecido le dijo que teniendo él dinero, era tanto como tenerlos Tomás: pero este en manera alguna quería aceptar, diciendo que en buena ley de Dios, no era justo abusar de una amistad tan franca.

Volvió a insistir Rebolledo, rehusó nuevamente el gentil mozo de mulas, y en este estira y afloja estaban cuando una voz suave y argentina llamando a la «Argüello» los distrajo de la parleta en que estaban. Como eco de la voz, apareció Constancica en el patio.

Miraron los dos camaradas, y luego de maravillarse Rebolledo de tanta gentileza, como viese el arrobamiento de Tomás, exclamó:

—Que me maten si no es esa la cadena que os tiene amarrado a este mesón.

—Bien me holgara de ello —respondió el aludido— pero no hay para qué hacerse ilusiones. Esa perla no se cría para ser engarzada en un hilo de cobre.

Y diciendo esto, lanzó un suspiro, como para henchir la vela de un navío.

En el barandal del primer piso, apareció acodado el hidalgo de Esquivias, que con aquel don especial que le caracterizaba para el trato de las gentes, dio las buenas tardes a todos y dijo a Constanza por vía de madrigal:

—Cómo no vamos a asarnos vivos, si hay dos soles en el patio…

La buena moza aderezó en u bella faz un delicioso mohín de leve rubor, y se fue hacia la cocina, dando voces a la Argüello, que, por lo que parece, habiendo calzones de por medio, así atendía a sus menesteres como los gorriones donde advierten presencia de muchachos.

De que los tres hombres quedaron solos, don Miguel en el corredor y los otros dos en la puerta de la caballeriza, dijo Tomás Pedro al hidalgo:

—Aquí tiene vuestra merced al amigo de quien le dije que anduvo en el cautiverio de Argel y me enseñó aquellas coplas.

Como el caballero oyó que allí había un cristiano que al igual que él, supo y padeció las penas de una dura esclavitud, bajó presto a tenderle la mano y a echar una parrafada.

¡Las cosas que trajeron a cuento con grande admiración y regodeo de Tomás Pedro y aún del mismo «Sevillano», que los oían con tanta boca abierta!...

¡Las veces que salieron al relucir el corbacho, la penca y el cepo, de los cuales tenían ambos imborrables huellas en sus cuerpos!

No faltó el traer a comentario los ingeniosos medios de que se valían para comunicarse a pesar de la cruel incivilidad de los guardianes; las tentativas hechas para recobrar la libertad aun teniendo presente que como tuviesen la desgracia de ser cogidos sufrían los más crueles castigos, y esto si no tenían tanta ventura, que se librasen de morir ensartados en una agudísima estaca. Pues, ¿y cuando los mismos guardianes, que solían ser cristianos renegados (y así eran los peores enemigos que los tristes cautivos podían topar en la malaventura de su cautiverio), nos los armaban una trampa por donde les prometían salir a la ansiada y soñada libertad, y una vez que se hallaban tan en la puerta de su ventura, que ya contaban con ella como tenerla en la mano, salirles al encuentro y con la más cruel saña que podía manar de sus desalmados corazones, reducirles otra vez a las mazmorras, zambulléndoles en los cepos y los piesdeamigos, y aun mutilándolos, no ya por la fuerza de inciviles golpes, sino con garfios acerados y hierros candentes que les desgarraban las carnes?

Primero fuera Dios servido de traerles la muerte, que volverles a poner en aquellos durísimos trances.

En fin, tanto tuvieron que hablar hablar, que los gaznates llegaron a secarse, y como el señor Miguel pidiese alguna cosa que beber, el huésped, que estaba en sus glorias oyéndolos, mandó hacer una sangría fresca y dijo que era de su cuenta...

* * *

A este tiempo, se destacó en el hueco del portón la astrosa y compasiva silueta de un mendigo, el cual imploró con triste y lastimera voz:

—Hermanos, den alguna caridad al triste lijado de las armas de guerra en tiempo de paz.

Como los tres amigos oyeron tan extraña manera de pedir, volvieron los rostros hacia la parte que venía la voz y hallaron un hombre de edad indefinida, todo barbas y miseria.

La primera intención del huésped fue la de despedirle con el «Dios le socorra», que parece de rigor para ahuyentar a todo desheredado de la fortuna, mas habiendo hecho mella en

el hidalgo de Esquivias aquello del triste lijado de las armas de guerra en tiempo de paz y advirtiendo al mismo tiempo que el mal venturado traía sujeto entre los harapos del jubón, un canutillo de latón de aquellos en que los licenciados del ejército suelen guardar los documentos de sus años de servicios, se adelantó al encuentro del pobre y le preguntó:

—¿Que habéis sido soldado decís?

—Por más de treinta años. Hasta que el Rey nuestro Señor, que Dios guarde, determinó poner en paz sus estados, que en ello estuvo toda mi desgracia. La paz me llevó estas manos —y diciendo esto, mostró los dos informes muñones de su manquedad.

—No me lleváis de ventaja más de un punto —replicó el hidalgo mostrando su siniestra mano lijada—. ¿En qué acción os acaeció esa malaventura? Pero, si sois servido, mejor lo contareis al amor de un jarrino de lo añejo de Esquivias y de algo con que entretengáis el diente, que a lo que sospecho, bien lo habéis de menester.

Por toda respuesta pasó el hombre adelante, y «El Sevillano», dando por buenos los deseos del señor Miguel, puso sobre la mesa el caldillo de cepas toledanas que se le pedía y medio queso manchego.

Tomó asiento el hombre, y bebido que fue el primer trago y engullido un buen porqué de queso, comenzó su historia.

XII

En donde el lisiado en tiempo de paz refiere su historia

—Desde mis años mozos, que por una travesura propia de muchacho, dejé de prestar servicio en casa del señor Príncipe de Éboli, don Ruy Gómez de Silva, más conocido en el mundo por la belleza y la liviandad de su mujer la tuerta doña Ana de Mendoza, serví en los ejércitos del Rey nuestro Señor.

»De grumete en la nave capitana asistí a la famosa expedición de las Islas Terceras, donde se me acuerda que hice muy buena camaradería con un soldado bisoño casi de mi misma edad llamado Lope Félix de Vega, y a lo que he sabido después fue andando los días esplendoroso Febo del parnaso español.

»Dado por terminada aquella empresa gloriosa para nuestras armas, y aunque pude tomar la licencia y partirme a la corte, donde acaso pudiera medrar royéndole los zancajos a algún príncipe o encargándome de dar como buenas, por bodegones y mentideros, las malas artes de algún privado, siendo arbitrista de oficio —que de estos locos está plagada la corte de los Felipes— me enganché en el servicio para la campaña de Flandes; y no teniendo aún cumplidos los veintidós años, como era arrojado y nunca hubo para mí osadía ni trance difícil, alcancé el empleo de cabo de la furriera. De allí a poco pedí pasar al Tercio de la Guardia Vieja, en donde había más libertad, y aunque era muy mozo, como por mi travesura y buen donaire era bienquisto de los jefes, me fue concedido.

»"E1 Mellado", como me decían a causa de haber perdido dos dientes por obra y desgracia de un cantazo certero, era una institución en la compañía, y bien puede creerse

que esta no llevaba a cabo hecho importante en que mi merced no se hallara o hiciera tanto como el que más.

»Muchas veces me tenían citado en la orden de plaza, quedando siempre con empuje y arrojo para hacer otro tanto.

»Don Luis de Recasens, en pago de los méritos que tenía contraídos, quiso darme la alcaidía del castillo de Amberes, pero yo que bien me conozco, estaba harto persuadido de que no valía para negocio de tanta monta, y así le dije:

»—Mire, vuecelencia, que dándome una jerarquía que no merezco hará un deservicio al Rey. Yo no valgo sino para hacer mandado; me dicen: —«Mellado», es menester que Vayas a aquel fuerte erizado de enemigos y le hagas volar como una pavesa: y verá vuecelencia cuán presto el mandato con que se dignó honrarme es una realidad; pero no me ponga con jurisdicción sobre alguien, porque bajo esta cabeza, que tiene la honra de inclinarse ante vuecelencia, no hay más de agua.

»Se rio el Gobernador y me dejó a mi albedrío.

»Por no cansaros, no quiero seguir paso a paso él cuento de mis días, que en aquel tiempo fueron los más felices de toda mi vida».

XIII

En que «El Mellado» prosigue su historia

Los días pasaban fundiéndose en semanas y meses, y al cabo se cuajaban en años; «El Mellado» continuaba en el Tercio tapizándose el pecho de cruces y las bocamangas de galones, pero sin pasar de sargento; que pudiendo, por sus méritos, ni aun quiso cruzarse una banda de capitán a los pechos.

Cuantas veces le propusieron para llegar a más, decía la misma cantilena:

—Un arcabuz me dieron al entrar en aquella galera en que fui a las Islas siendo mozo; y con un arcabuz en las manos, cuando se acabe la guerra o cuando ya no me quieran por viejo, si tanta es mi desgracia, he de salir de la milicia del Rey.

Siempre que se quejó y aun rebeló la gente de armas por los continuos atrasos en las pagas, jamás se oyó en son de protesta a «El Mellado», antes tildaba a sus camaradas de febles y muelles.

—Pues, ¿qué sacrificio hubiera, ¡voto a Dios! —les decía— si lo pasáramos orondos y lustrosos como canónigos, durmiendo a pierna suelta sobre colchones de plumas? Estas cosas de sufrirse han como gajes del oficio y no como pesadumbres; demás, que a buen soldado nunca le falta qué comer, si es lince.

»¿Para qué tiempo se dejan las mañas aprendidas al que estudió por Alcalá o Salamanca, cuando fue sopista y tuvo que buscarse la olla ordinaria en fuerza de ingenio y marrullería? El que fue pícaro doctorado por alguna de las universidades de la gallofa, tales como la Plaza Mayor de Madrid, el Zocodover y Ventillas de Toledo, el Potro de

Córdoba, la Montería de Valladolid o el Azoguejo segoviano, ¿para qué ocasión dejar las bellaquerías que le ayuden a sustentarse tan bien y mejor que si nadase en la abundancia más harta?

Y tan cierto era que sentía las cosas tal y como las hablaba, que cuando llegó el momento en que se envió de España la miseria de unos millares de escudos para acallar las protestas y posibles disturbios de las tropas hambrientas, el viejo soldado no quiso tomar la parte que le correspondía. No admitió sino unos calzones y un coleto de ante, y eso porque ya los que traía eran un puro guiñapo.

La guerra no tenía trazas de acabar, y los más hábiles diplomáticos, ni siquiera se atrevían a dar opiniones ni aventurar conjeturas sobre cuándo sonaría el deseado trompetazo de la paz.

Era lo notable que, aun cuando nuestro hombre se encontró siempre en los asaltos más peligrosos, en los combates más encarnizados, jamás le rozó una bala ni le arañó el filo de un acero, ni una gota de pez hirviente le chamuscó la pelambrera, que la tenía muy fosca y enmarañada.

Esto él, por ser buen cristiano, lo atribuía a un escapulario de la Virgen del Carmen que llevaba puesto siempre encima del corazón.

Bien es verdad que en sus ratos de murria decía que era mala suerte, y porque nadie había que fuese a llorar sobre su tumba, y no valiendo ni siquiera una pena, ¿para qué había de menester Dios de su sacrificio?

Había pasado un montón de años, no recordaba cuántos, desde que el hombre pisara por vez primera los hermosos y castigados campos flamencos, cuando un día comenzó a hablarse de paz; «El Mellado» empezó a entristecerse.

¿Qué iba a hacer él si se acababa la guerra?

Ya viejo y caduco, no le querrían en ninguna parte.

Todos le mirarían como un estorbo. Cuando mucho, le considerarían un trofeo viviente de las bélicas empresas en que a la sazón derrochaba España su sangre y su dinero.

Solo le quedaba como esperanza exhibir el canuto de sus licencias en las lonjas de las iglesias y en las calles de la corte, pidiendo como un pobrecito de Dios, que nunca por su desgracia nativa o por la poquedad de su ánimo dio producto a la tierra en que naciera.

De allí a poco, la paz tan deseada por los pueblos invadidos, por la nación esquilmada y por los ejércitos cansados, fue un hecho.

Las tropas del Rey comenzaron a tomar la vuelta de la península, y como iban sin más emolumentos que sus propias personas, en los caminos aumentó la bandolería que medraba de lo que robaba a pacíficos arrieros y descuidados caminantes, y en las villas y lugares, mendigos y vagos que ayudaban a comer lo poco que hubiera.

«El Mellado» miró su arcabuz, tan viejo como él, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ni aun con este amigo podría contar de allí adelante, porque terminado su menester lo recogerían como un asilado en los depósitos de guerra. Más suerte tenía que él a quien la patria —que no tiene nada de simbólica como la representan los artífices y la cantan los

poetas en la figura de una hermosa matrona, sino que es un conglomerado de todas las castas— le dejaba como una piltrafa de la vida a lo que Dios fuese servido de hacer con él.

Tal suele ser el final de los héroes y de los caudillos, a quienes los Estados, después de que se aprovecharon de ellos para engrandecerse, los olvidan y desamparan, hasta el punto que muchos de ellos encontraron en el hambre el cabo de su vida.

¡Cuánto más honrada y misericordiosa hubiese sido una bala o un tajo bien dado!

¡Quién no se acordaba de la tristeza con que acabaron sus días Cristóbal Colón y Francisco Pizarro, que dieron un mundo y un imperio fabuloso a España!...

Pues si esto acaeció a dos figuras tan insignes, ¿qué no le acaecería a él, mísero gusanillo en el cuerpo de la milicia?

Tomó el arma antes en los brazos que, en las manos, como si fuese un hijo al que presto había de perder, y quiso dispararle por vez postrera.

Salió fuera de su tienda. Cebó el arma, prendió la mecha y caló la cuerda; acercó esta al cebo, que por ser el último quiso que fuese el doble de la cantidad que de ordinario solía poner, y un horrible estampido atronó los ámbitos...

La mortífera máquina, no queriendo sin duda que su amo volviera a emplear su destreza y valentía en otra arma, había reventado destrozándole las manos...

Y, «El Mellado», terminó su relación con esté irónico comentario, lleno de amargura:

—Puesto que se me hacía muy cuesta arriba el mendigar como veterano del Tercio Viejo, ya lo podía hacer sin escrúpulo y como pobrecito de Dios, en las puertas de las iglesias y en las solanas de la calle de Segovia, donde suelo reunirme con otros tan malaventurados como yo, que en la famosa batalla de Lepanto, gloria del señor don Juan de Austria (que Dios haya) corrieron el mismo temporal.

XIV

En donde el señor Miguel y «El Mellado» se acuerdan de haberse visto alguna vez

Por buen espacio, ni el hidalgo de Esquivias ni el huésped toledano, impresionados con el relato del mendigo, acertaron a hablar palabra.

Por fin, el señor Miguel, tomando pie de las postreras palabras de «El Mellado», exclamó:

—¿De suerte que cuando estáis de asiento en Madrid soléis acudir a la solana de la calle de Segovia?

—Así es —respondió el tullido—, que parece que allí nos quitamos un poco las penas los unos a los otros, recordando los hechos pasados y poniendo remiendos al gobierno de la república, como es inveterada costumbre de todo ciudadano español.

—Y ¿no recuerda haberme visto por allá alguna tarde? —tornó a preguntar el hidalgo.

—Alguna idea tengo de su semblante, pero no acierto a coordinar en qué sitio y en qué ocasión pueda haberle visto.

—Pues allá fue, que aunque no tan desdichado como vos ni aquellos camaradas (a pesar de que también quedara sin el gobierno de esta mano siniestra, por el apretado beso de un mosquete en la mencionada batalla de Lepanto) puesto que con el mucho o poco ingenio que Dios fue servido en concederme, y sirviendo de vez en cuando, aunque con poco provecho, en la Administración pública, pude seguir siendo útil a mi patria, gustaba también como vos, de ir a rememorar el tiempo mozo.

—Sí, paréceme que quiero hacer memoria —replicó el veterano desamparado—. ¿Por acaso no sois vos un tal Cervantes o Cervantes del que contaban que a bordo de una galera llamada «Marquesa» y estando postrado de una alta fiebre, recibió esta reliquia?

—El mismo soy, para serviros en lo poco que pueden mis fuerzas, que nunca soldados y poetas vimos detenerse en nuestros zaguanes la veleidosa Fortuna con las faltriqueras repletas de oro.

—Con todo, más suerte tuvisteis que yo, puesto que asististeis a la más formidable batalla que, según mis noticias, han visto todas las generaciones pasadas y presentes, ni esperan ver las venideras.

—Tal es el concepto justo que yo tengo de aquella singular empresa, y casi con estas mismas palabras que habéis hablado, lo pienso asentar en un libro que comienzo a pensar, y que, o poco sé de achaques de escritura, o habrá de darme algún renombre, por más que puede que no lo vean mis ojos.

—En realidad —dijo el «Mellado», lleno de bélico fanatismo —nada tengo que perder, pero aún creo que hubiese dado con gusto una pierna por haberme encontrado en aquella soberbia ocasión.

En este punto que ambos estaban en su elemento, como el pez en el agua, comenzaron a hablar de la guerra con tal prolijidad, que, aunque «El Sevillano» con mucho contento los escuchaba, hubo de dejarles en compañía del amigo de Tomás Pedro, para atender a los capítulos de su industria.

Era lo notable que aunque el viejo estaba tan manco como pudiera estar ciego, se valía muy bien de los informes muñones para empinar el jarro con mucha gentileza; solamente había que hacerle la caridad de ponerle la vianda en la boca, pero, como él decía, ni aun de este socorro había necesidad, pues también, como lo hubiese, sabía darse maña para no quedarse en ayunas...

De que satisfizo cumplidamente el hambre y la sed, pidió licencia para retirarse a descansar (si era que a tanto se extendía el beneficio de la limosna, pues quería salir de Toledo poco después de amanecer. Se la dio de muy buena voluntad el hidalgo de Esquivias, y por méritos de camarada en el ejercicio de las armas le pagó el hospedaje y la cena de aquella noche.

XV

Donde la llegada de huéspedes importunos está a punto de traer una pesadumbre

Todos se disponían a recogerse, luego de la cena que fue por extremo animada y no nada penitencial, y era tiempo que «El Sevillano» iba a girar la última ronda a sus estados, cuando asomaron en la puerta del mesón, muy bien cubiertos de polvo y llenos de sudor, dos espoliques.

Sin decir «Dios os guarde» ni más palabra por vía de cortés saludo, gritó el uno:

—Qué, ¿no hay aquí gente que salga a recibir a los huéspedes honrados ni a hacerse cargo de las caballerías?

Y el otro que debía de ser peor acondicionado o más fanfarrón que el que tales «bernardinas» acababa de lanzar, remató la arenga con tales denuestos:

—Por Dios vivo, que si yo tuviese poder como nuestro amo, que allá está esperando con mucha flema a que esta gentuza quiera salir a recibir, que habría de llenar las ramas de los árboles de cuerpos de Venteros, que son calaña tan bandolera y aún peor que los ladrones, pues roban a los caminantes sin riesgo de sus malas vidas.

Tomás Pedro que era el más próximo a los provocadores y, como joven, a poca temperatura le hervía la sangre, se alzó de la tejuela en que con tanto recreo estaba sentado, y yéndose a los espoliques les dijo mirándolos despectivamente muy de alto abajo:

—¿Esta relación, tan levantada de cascos traseros, es de alguna comedia incivil que ahora se hace en los corrales de la corte y venís con idea de representarla en Toledo?

A este punto, se habían puesto en guardia todos cuantos estaban en el patio, y «El Sevillano», que vio que la cosa no marchaba por buen camino y seguramente iría a estrellarse en el blanco de su negocio, se interpuso entre Tomás y los espoliques; y fue ello a tiempo que el amo y señor de los ineducados, sin duda cansado de esperar o advertido de las voces, se presentó en el zaguán.

Era el tal un caballero como de cincuenta y tantos años, que apoyaba su persona, no muy saludable según lo que declaraba a primera vista, en una preciosa caña de Indias con puño de oro.

De que le advirtió el huésped, fuese a él y le pidió razón de lo que deseaba, quejándose de camino de la incivilidad de sus criados, pero, el recién llegado era de suyo enfático y vano, de estos que estiman a los humildes de raza inferior a los nobles, y entienden que todos los que no son de su misma clase, están obligados a servirles, de suerte, que no hizo el más leve aprecio de la queja; dijo, que allá se tuviese cada uno con la manera de ser que Dios fue servido de ponerle en el genio, y que a él le dejaran en paz y le dijeran si había hospedaje, para en caso negativo acudir a buscarle en otra parte.

«El Sevillano» atendió solamente a su menester, conociendo que todo lo demás sería dar coces contra el aguijón, y ordenando a los mozos que se hicieran cargo del equipaje del hidalgo, y dijesen a sus desvergonzados espoliques en qué lugar de la caballeriza podrían acomodar las cansadas cabalgaduras, se fue a aposentar por sí mismo al orgulloso

caballero, quien cruzó ante los congregados en el patio sin dignarse de hacer el más leve saludo.

De mala gana obedeció Tomás Pedro la orden que su amo le diera, pues de mejor talante hubiese respondido con pesados hechos a aquellas livianas razones, con que hicieron la presentación de sus personas.

Con esta inesperada y poco agradable visita, quedó deshecha la grata reunión.

El señor Miguel se recogió en su aposento llevándose al excautivo a la zaga.

Constanza se fue detrás de la señora Leonarda, a disponer lo necesario para mejor servicio del finchado caminante, y las mozas y mozos se repartieron por las distintas dependencias del mesón, en donde tenían dispuestos los tajos de sus quehaceres.

* * *

«El Sevillano», más hombre de mundo y con más correa que los mozos, como viera la hinchazón del huésped recién llegado, pensó en hacerle una burla que le pesara para el resto de sus días, y sobre ello cobrarle el hospedaje, con relieves de usura, aunque si ha de decirse verdad para esto no era menester que se le hubiera hecho agravio alguno, pues ello es achaque inherente de los de esta clase y condición.

Para poner por obra la chanza que se proponía hacerle al hidalguillo, necesitaba que Tomás Pedro y sus camaradas hiciesen las paces con los mozos de su merced, y al efecto fue a dejar concertado tal extremo.

Pero, bien será, hermano lector, que para traerlo a cuento con más espacio, hagamos punto, volvamos la hoja y escribamos capítulo aparte.

Con tu licencia.

XVI

Una noche toledana

A dos dedos estuvo de que todo lo que pensado traía «E1 Sevillano» lo malograse la poca paciencia de Tomás Pedro y la buena y amoriada inclinación que por la hermosa Constanza sentía.

Una de las veces que el más audaz y agallofado de aquellos descomedidos espoliques acertó a toparse con la bizarrísima muchacha, entendió que también pudiera ser cosa que entrara en el hospedaje, y tras de decirle a la par de la oreja algunas razones, que por el gesto que puso la festejada no debieron saberle a madrigales de Gutierre de Cetina, quiso tomarle una mano, y ella fue a tiempo que Tomás Pedro salía al patío, y como viera harto claro el juego con que pensaba holgarse el rufián, no tuvo calma para contenerse, y yéndose a él como una flecha, allí mismo le dio qué sentir al osado de no acertar a aparecer el huésped tan a tiempo, quien todo lo apaciguó, pues como dueño de un negocio no le convenía consentir escándalos en su casa.

De que Constanza estuvo a salvo de impertinencias, el mozo sirviendo a su amo y Tomás Pedro sosegado, le llevó el maeso a una parte solitaria y le dijo:

—No es menester que se hagan las cosas con escándalo para que esta gente nos deje en paz y en gracia de Dios antes de lo que piensas, y sin que en ellos vuelva a cocerse más la idea de aparecer por Toledo en todos los días de su vida. Solamente con una burla que yo pienso hacerle al viejo esta noche, si tú me ayudas, habrá bastante. No es menester más de que Torote y Barrabás se den traza para emborrachar, hasta ponerles como zaques, a los bigardos que trae a su servicio. Tú también has de fingir que has dado al olvido la pendencia de denantes, y echar con ellos algún trago que otro. Lo demás que se ha de poner por obra, déjalo de mi cuenta, que, como dijo el otro, en manos está el pandero que le saben bien tañer.

Poco más hablaron, que como entonces volvieran a cruzar los mozos, disponiéndose a salir a la calle para comprar lo que hubieran de cenar aquella noche, según la sabida costumbre del mesón, solo quebrantada en deferencia del ingenioso hidalgo de Esquivias, los llamó el huésped y les dijo si querían beber un trago de un cierto vinillo moro que él tenía reservado para las ocasiones solemnes en lo más oscuro de la bodega.

A tales convites nunca suele decir nones la gente baja. Aceptaron y en ello estuvo el comienzo de la burla con que su amo habría de pagar la impertinencia.

Así como «El Sevillano» dejó a los tales mozos y a su gente en muy buen coloquio con un razonable jarro del sabroso y traidor caldo de cepas, se fue a preparar la mala pasada al hidalgüelo, que, a lo que confesaron los suyos al embate de los primeros tragos, era un pretencioso mayorazgo de Cuenca, con más pergaminos que dineros, que se pensaba que todo se le debía de gracia, y así con nadie usaba de corteses razones. Cierto que en esto nada tenían que echarle en cara sus fámulos, pero es condición muy humana el ver los ajenos defectos sin parar mientes en los propios...

Lo primero que hizo el taimado huésped fue aderezar un aposento cuyas ventanas daban a un callejón solitario, en donde los ruidos de la ciudad no tenían repercusión alguna. Clavó muy bien las maderas y en todas las rendijas embutió trapos, de forma que en siendo día no pudiese entrar la luz.

Fue luego al aposento que ocupaba el hidalgo y le dijo:

—Señor, aunque me perdone vuecelencia (que por más congraciarse con él quiso darle este tratamiento sin saber si le correspondía de derecho) habré de rogarle que se pase a otro aposento mejor que el que le di esta tarde, aunque nada le pido por la mejora.

—Pues ¿qué pasa? —preguntó aquel sin apartar apenas los ojos de un libro con cuya lectura se entretenía en hacer tiempo hasta la hora de la cena.

Y respondió «El Sevillano»:

—Que si se queda aquí no le dejarán pegar los ojos en toda la noche los mozos que suelen rondar a las muchachas que en esta vecindad tienen por cortejo, y sobre ello los deshonestos gatos que también parecen haber escogido esa calleja que está al pie de la ventana por campo de sus pendencias y amoríos.

A lo que reparó el finchado, siempre con la misma displicencia.

—Pues si tales prendas tiene esta condenada habitación, ¿por qué me la disteis?

Y aquí supo el huésped clavar tan diestramente la agujilla de la adulación en la necia vanidad del viejo, que en su avellanada faz, encuadrada por unos descomunales espejuelos, acertó a alborear una sonrisa.

—Porque no sabía que vuecelencia era persona de calidad.

Consintió el hombre en la mudanza, y, poniéndose en pie, echó tras «El Sevillano».

XVII

Que es continuación del anterior

Los espoliques, el cochero y un zagalico que oficiaba de paje, embaularon mosto en sus estómagos para dormir por espacio de una semana sin tener la menor conciencia de que existían en el Mundo; pero por si acaso el vinillo, en fuerza de ser traidor, dejaba de hacer su efecto cuando menos pudiérase esperar, todos fueron encerrados en la bodega, donde parecían de mucha propiedad otros cuantos zaques con los muchos que el posadero tenía para el consumo diario.

—Si de algo se le ofrece a vuecelencia durante la noche —le dijo «E1 Sevillano»— no tiene más que tocar esta campanilla y enseguida acudiré yo mismo a servirle en lo que haya menester, que no quiero ceder esa honra ni a mis criados ni a los suyos.

El hombre, que venía rendido del viaje, comió alguna cosa de las que sus fámulos compraron y dieron a guisar a la señora Leonarda. Se metió en la cama, y de allí a poco dormía como un bendito.

Tal debía estar de cansado, o porque fuese de la condición de aquel vago que decía que él bien tumbado aguantaba mucho, que de un tirón debió de andar en los brazos de Morfeo hasta bien cerca de las doce del día. Al filo de tal hora abrió los ojos, pero como lo vio todo a oscuras, pensó que no habría amanecido y, aunque con algún esfuerzo, tornó a amodorrarse.

Sin duda, eran más de las cuatro de la tarde cuando se despertó, pero la misma penumbra y el mismo silencio halló en derredor; así y todo comprendió que ya debía ser tiempo de levantarse, y asiendo la campanilla, la agitó nerviosamente. Pasado que fue buen espacio, se abrió la puerta, que por dar a un lóbrego pasillo no dio paso a la más leve claridad hasta los sosegados ojos del forzado durmiente, y apareció «EI Sevillano», muy en mangas de camisa, con un candil en la mano y haciendo grotescos visajes de haber sido despertado en lo mejor de un profundo sueño.

—¿Qué tiene que mandarme vuecelencia? —preguntó.

—¿Qué hora es? —inquirió a su vez el hidalgo.

—Las tres de la mañana dieron habrá poco en la catedral —dijo el mesonero, abriendo tanta boca como pudiera un hambriento lobo.

—El caso es —replicó el usía— que yo creo haber dormido más de lo que suelo ordinariamente; no tengo más sueño, y en cambio siento harto desconsuelo en el estómago.

—Pues, lo que podrá hacerse sobre eso, es que yo busque en la cocina algún mendruguillo de pan y unas cortecillas de tocino que será todo lo que haya y se lo traiga para que dé algún alivio a ese desconsolado, ya que hasta salir el sol faltan tres horas largas.

Y se volvió a traer lo que prometiera.

Nuevamente se quedó en tinieblas nuestro hombre, meditando en lo largas que son las noches en Toledo; circunstancia era esta de la que hasta entonces no había tenido noticia.

¡Si hubiese podido ver con cuánto garbo se extendía Febo por la campiña y sobre la ciudad!...

Cuando volvió el huésped con media hogaza y unas lonchuelas de tocino, las tomó, a pesar de ser refrigerio humilde para un hombre de tanta prosapia, y se las engulló con el mismo apetito que pudiera hacerlo el más zafio destripaterrones.

Así que hubo despachado el mísero condumio, con mucho espacio por hacer más tiempo, apagó otra vez la vela y, pretendiendo recoger algunas hilachas del pasado sueño, miró a ver si podía lograr una continuación...

* * *

Ya no pudo sufrir más, y asiéndose a la campanilla, como fuese la que hubiese de marcar la última hora, llamó nuevamente, y al cabo de un buen rato se presentó «El Sevillano», con la misma traza dormilona que la vez anterior.

—¡Voto al diablo! —exclamó su merced— Pero ¿todavía no ha amanecido? ¿Es que en este pueblo son eternas las noches?

El huésped, socarrón y marrullero, volvió a disculparse, diciendo que sin duda el mucho cansancio del largo camino le traía desvelado y sin noción exacta del tiempo; él le juraba que no hacía más de tres horas que se había acostado.

El hombre no quiso oír más y pidió que viniesen sus criados a darle de vestir.

—Pero ¿dónde quiere ir vuecelencia —le atajaba el huésped— si es noche cerrada?

Esta vez decía verdad, porque había más de una hora que las tinieblas nocturnas habían cerrado por entero; y para persuadirle de ello, abrió de par en par las ventanas.

La noche era oscura como boca de lobo, sin que todo el tupido manto de los cielos se viera inquietado por el punto luminoso de una estrella.

El hidalgo no quiso aguantar más, y como no llegasen sus criados a vestirle, empezó a hacerlo ayudado por el mesonero, quien para mejor confiarle le decía que era gran locura salir a tales horas, sin esperanzas de encontrar a nadie que les orientase, y de esta manera podían confundir los caminos, yéndose a donde más lejos estuviesen de pensar. Pero el viejo había dado ya en la trama de partirse y no había razones bastantes que fuesen capaces para detenerle en su obstinada determinación.

De que estuvo forrado en su ropa pidió la cuenta y dijo que se partía en aquel mismo instante, con propósito de no retornar a Toledo en todos los días de su vida, si viviese más años que el mismo Matusalén, pues no quería volver a pasar otra noche toledana.

En el patio encontró a toda la gente hospederil, como entreteniéndose, pero ciertamente, reunida por la curiosidad de ver el talante con que salía el impertinente.

Ya estaba el coche prevenido y los espoliques dispuestos, que como aún aparecían aturdidos por los vapores del mosto, no se les alcanzaba cosa de la burla que a su amo habían hecho, y se pensaban que de buena voluntad se partía por caminar de noche con la fresca, ya que el tiempo era el más incivil de las caniculares de julio.

* * *

Mucho celebraron todos la burla y no fue de los que menos el hidalgo de Esquivias, que rio grandemente la ingeniosidad del mesonero.

XVIII

Donde Amor comienza a tejer su copo

Constanza salía de la cocina llevando un cantarillo a la cadera.

Aunque ya se ha dicho que su menester estaba muy lejos de las penosas tareas, prefería muchas veces hacer las cosas a mandarlas y aquello no era trabajo mayor que pidiese intervención ajena.

En tal guisa se dirigía al pozo que hay en el patio, pero antes de que llegase a destapar el brocal ni poner la pulida nácar de su mano en la rustiqueza de la cuerda, Tomás Pedro, que no perdía pisada de la bizarra moza, porque, aunque nada le tenía dicho, parece que se le había entrado en las telillas del corazón, estaba en acecho desde la puerta de la cuadra, acudió a quitar la tapa del aljibe y a tirar del cubo que subiera el agua hasta el brocal.

Constanza dejó hacer al mozo, que por sí mismo llenó el cantarillo.

Cuando este menester estuvo hecho, Tomás Pedro miró a uno y otro lado, y viendo que no más persona que ellos había en el patio, entabló con ella este breve diálogo, todo substancia, pues el mozo, a lo que parece, era enemigo mortal de perder el tiempo en palabras:

—Constanza, bien sabe Dios cómo yo vine a esta casa con la cabeza llena de preocupaciones y el corazón limpio de toda otra cosa que no fuesen los indispensables latidos para vivir; con esto, quiero decirte, que estaba a muchas leguas de pensar en nada que no fuese en mí y en las jornadas de mi triste Vida y en desear más de que el Cielo fuese servido de despenarme; pero, di con tu belleza, que sin duda quiso Dios que en medio de mis pesadumbres tuviese un poco de alegría, y ya el corazón y el pensamiento mudaron por manera notable el empleo que traían marcado. ¿A qué hablar más, si las palabras sobran y el tiempo apremia, pues tendré partir de aquí dentro de ocho o quince

días a todo tardar? Yo te quiero con todas las veras de mi alma; si como yo, no tienes más patrimonio que el querer de tu gente, y no te he parecido del todo mal, di me si te agrada o no que mi humildad se llegue hasta tu hermosura.

Un punto estuvo parada y silenciosa la gentilísima Constanza, que fue un siglo para Tomás Pedro, que estaba como reo que espera la orden de su libertad o la ejecución de su sentencia. Al cabo de este breve espacio que sin duda necesitó la gentilísima doncella para recogerse en sí misma, respondió de esta suerte:

—Hermano Tomás, con la misma brevedad y la misma franqueza que me has hablado quiero responderte. Hace días que había yo notado esta inclinación de tu parte, y aunque muchas veces antes de esta tuve cortejadores y aprendices de novio, nunca hasta ahora di respuesta a ninguno ni los sufrí con paciencia. No sé qué halle en ti que sin yo proponérmelo me quebró la costumbre: no sabré decir si fue la gentileza de la persona o la cortesía en el trato, que no parecen propias del empleo en que andas y tan distintas son de los que hasta ahora se me llegaron con galanteos y requiebros, pero así y todo, habré de decirte que mires que todavía soy una niña, pues quince años cumplí por San Juan; y no parece bien que la que casi debiera de estar entretenida con trapos y muñecas quiera jugar ya a las madres. Espera algún tiempo y acaso entonces, como hortelano que sabe llegarse a la fruta cuando está en sazón, puedas lograr el antor que ahora buscas.

Iba a replicar Tomás Pedro henchido de gozo porque aquellas palabras no eran otra cosa que un sí rebozado, cuando cruzó el patio el señor Miguel, y como ellos al verse sorprendidos quisiesen disimular que se habían encontrado sin buscarse, dijo su merced con ingenua socarronería:

—¿Estáis aquí, hijos? Pues a fe que no os había visto ni oído, que ando perdido de estos ojos: los años son que no pasan en balde. Seguid sacando agua del pozo, que como dijo el Patriarca, «Dios proveerá».

Y riendo salió a la calle, mientras los mozos se separaron por no dar que decir, pues no todos sabrían hacerse cargo como su merced.

Constanza, acaso por primera vez en su Vida, sintió que encendía sus mejillas el adorable carmín del rubor. Tomás Pedro llevaba el alma como vestida de nuevo...

XIX

Donde sin buscarla tiene Tomás Pedro una pendencia con dos rufiancillos cortesanos

La satisfacción le reventaba a Tomás Pedro por todas partes.

Aquel día, se le antojó el más feliz de cuantos llevaba vividos.

Todo cuanto a su alrededor aconteciera le parecía cosa digna de elogio.

Fuese a buscar a su amigo Alejandro, y tan pronto como le halló, le dijo, todo risas y alborozos.

—No esperemos más; cuando vos dispongáis podemos emprender la caminata a Burgos.

—¿Se os acabaron ya los escrúpulos? —preguntó Rebolledo.

—No, sino que el corazón se me ha llenado de un cariño que tantos y más alientos me da que si en las faltriqueras llevase órdenes de pago contra todos los judíos de la Tierra. Veré a mi madre, de la que muchos años hace que estoy lejos, y así de como la deje acondicionada para no sufrir privaciones, tornaré a Toledo para cuajar en matrimonio este cariño.

En esta parleta agradable estaban, sobre todo para Tomás Pedro, cuando en el portalón aparecieron dos caballeretes que preguntaron con mucho desaire, como gente a quien todo le es debido:

—¿Es este el mesón que dicen de «E1 Sevillano» y también posada de la «Sangre»?

—Este es ese mesón y esa posada. ¿Qué se les ofrece? —inquirió nuestro mozo como había por costumbre con cuantos en faz de huéspedes llegaban.

—Entonces no nos informaron mal, porque sin duda es aquí donde sirve una gentil fregona, cuya singular belleza ha sacado la fama fuera de los toledanos muros —replicó el más mozo de los dos hidalguillos.

Tal afirmación cayó como un jarro de agua fría sobre el alma del enamorado Tomás, que replicó con la boca de peor gana que lo hubiese hecho con las manos.

—Acá está esa moza, de quien vuesas mercedes tienen tan buenas noticias; pero es el caso que ni ella sirve a la gente forastera, ni tiene trato alguno con el ajetreo del mesón.

—Pero no será tal con nosotros, que lo pagaremos, ya que solo por deseos de ver esa maravilla venimos desde la corte —dijo el otro.

Cada palabra era punzante y venenosa espina que se iba hincando en el alma enamorada del muchacho, y estaba deseando saltar sobre los imprudentes mancebos.

Haciendo un supremo esfuerzo sobre su hombría y apretando muy al alma los cordelos de los celos, replicó:

—Si honradamente buscan posada, pasen luego adelante sin importarles quién haya de servirles; mas si otra cosa buscan, vienen equivocados de medio a medio; la manfla no está por esta parte.

—Sin duda que sin llaves de plata no se puede llegar hasta donde estará esa princesa encantada, y como parece que vos sois el primer dragón que hay que vencer para llegar hasta ella, ahí va, buen amigo, esa poquedad, y dad luego las precisas órdenes para que se presente ante nosotros.

Tal dijo el que hablara primero, y acabando de soltarían injuriosas palabras, que restallaron como cimbreantes juncos en el buen amor de Tomás Pedro, arrojó a sus pies un bolsillo de plata.

Bien podrá creerse que aquellas tupidas mallas de seda, henchidas de argentería acuñada con la efigie de nuestro muy amado Monarca don Felipe II (que Dios haya) no llegaron a tocar en los guijos del patio, porque la agilísima diestra de Tomás, tomándolas en el aire,

las estrelló luego en toda la faz del dadivoso, que, lanzando un grito de dolor, cayó del caballo pesadamente.

El otro, que no esperaba la agresión, se quedó un instante perplejo y al cabo, poniendo mano al estoque, se fue hacia el ofensor de su camarada: pero a todo estaba aguda la energía del amador de Constanza, y tomando un ladrillo que había sobre el brocal del pozo, le asestó con él tan furibundo golpe en el pecho, que prestamente siguió a su amigo por la misma vereda... Con esto, se levantó en el mesón la algazara que es de suponer.

«El Sevillano», que oyó rumores de gresca, recordó que era cuadrillero de la Santa Hermandad, entró por su espada y su vara y salió gritando desaforadamente que todos se tuviesen o con todos daría en la cárcel.

Constanza y el ama, pensando que el huésped estaba en peligro, aparecieron todas desoladas, y tras ellas la «Argüello» y la «Carigorda», más por curiosas que por adoloridas de que desollasen a su amo o se prendiese fuego al mesón.

Alejandro daba voces de que todos se tuviesen y sosegasen, tratando de explicar que la cosa no había pasado de dos gentiles golpes uno de plata acuñada y el otro de tierra cocida, dados a muy buen tiempo.

Y estando todos en tal desbarajuste y vueltos de espaldas hacia la puerta de la calle, donde ya comenzaba a congregarse la gente curiosa, el primer impertinente, que fue el que recibiera en plena cara el beso del bolsillo, se levantó del suelo, yendo con la espada desnuda contra Tomás Pedro.

Un grito general, sobre el que se destacó aguda y angustiosa la voz de Constanza, le advirtió del peligro, y aunque se volvió rápido, no le plugo a su suerte que fuese tan a tiempo que pudiese evitar un formidable tajo que, si como le dio en un hombro, acertara a darle en la cabeza, no hubiese necesidad de secundar para quitarle la vida.

Rapidísimo luego el traidor, de un prodigioso salto se puso sobre su cabalgadura, e hincándole las espuelas hasta los talones, desapareció rápidamente al galope de la bestia herida, dando la vuelta por la bajada de Santa Cruz.

Su camarada quedó tendido en el zaguán, sin dar señales de vida; todos pensaban que estaba muerto...

XX

Donde Amor sigue su obra

Durante los días que Tomás Pedro estuvo esclavo de la herida que le hiciera tan a mansalva el desconocido romero de la bizarría de Constanza, no dejó esta de cuidarle y atenderle de tan obsequiosa manera que se holgara el lijado de que el beso de acero que traía en el hombro le tomase todo el cuerpo.

Ella y nadie más que ella quitaba las estopas y anudaba las vendas. Ya que ella fue la causa inocente que trajo aquella malaventura, no era bien que otras manos mirasen a reparar el daño.

Ella tenía leído en los libros de caballerías con que divertía sus ocios, luego de que dejaba ordenadas en los aparadores la plata labrada y la loza fina, que otro tanto hacían las hermosas damas esclavas del honesto amor de sus rendidos caballeros, cuando estos, por reveses de su mala estrella, que no siempre lucía con el mismo esplendor, caían bajo la vengativa furia de sus encarnizados rivales, aunque las más veces dejando a estos a punto de acabar.

Aquellas enamoradas princesas de *Amadís de Gaula, Don Belianis de Grecia, Ricardo Corazón de León, Florestán de Ircania*, y aun las de todos los *Doce Pares de Francia*, y más los de *La Tabla Redonda*, no se desdeñaron ni dieron en pensar que pudieran caer en deshonor ni desprestigio entre sus iguales, por poner sus dedicos de nácar y cera sobre las mal heridas carnes de sus fidelísimos amadores.

Y, en buena ley de Dios —pensaba la inocente Constanza— ¿qué menos podían ellas hacer por quienes a todo riesgo y en toda ocasión y lugar estaban orgullosamente dispuestos a hacerse pedazos por mantener en la cumbre del volcán de su corazón, a la faz del mundo, contra viento y marea de todos los nacidos, la sin par belleza de la absoluta señora de sus pensamientos?

Los rosados dedos que estaban hechos a lavar la plata del mesón y a tomar cuidadosamente las labores, andaban sobre la carne dañada, como mariposas por los pétalos de las flores, y aunque en los días primeros la cura era dolorosa, Tomás Pedro deseaba que llegase aquel instante por sentir el adorable contacto que, más que todas las medicinas y ungüentos recetados por el doctor de La Fuente, le aliviaban por puntos.

XXI

En donde el buen amor de los muchachos congrega a capítulo a los mesoneros y al hidalgo de Esquivias

Maravillados estaban la señora Leonarda y «E1 Sevillano» de ver a la muchacha tan diligente y solicita con un mozo y no malo... Ella que jamás había mostrado propicia a recibir la conversación de ninguno, ahora era la que hablaba para distraer las horas aburridas del doliente, que en verdad que tales no las tenía, pues cuando no estaba junto a la moza, pensando en ella se le iba el tiempo como la sal en el agua.

—¿Qué me dices de esto, mujer? —preguntaba el huésped a su «oíslo».

No lo sé, en verdad. Más de dos veces, durante el tiempo de las curas que es el único que están juntos, y nunca sin que yo en valor de testigo, he visto que los ojos se han sin necesidad de que los labios se toman el trabajo de desplegarse, y así creo que no voy descaminada con pensar que esto no lo remediamos acabará en noviazgo. Lo que se ha de hacer para evitar este lance ha de ser que tan pronto como Tomás esté curado, decirle de buena manera, que él es cabal y cumplidor, que como el negocio merma mucho en este

tiempo, y cada vez los ingresos no llegan a enjugar los gastos, que no le habernos menester, y así, se vaya con Dios y tenga buena suerte.

El huésped, tras de sopesar un poco los razonamientos de su compañera, no sin ponerles alguna enmienda porque era lo cierto que estaba satisfecho, y aún más descansando con los buenos servicios del mozo, pensó también que esto sería lo más acertado ya que ellos no tenían verdadera autoridad con la muchacha, y el día que menos lo pensaran podría su madre aparecer a recogerla.

En estas miradas andaban cuando entró el hidalgo de Esquivias en la cocina (que era en donde tuvieron esta especie de consejo por estar desierta aquella estancia a tales horas de la tarde) a decir que de allí a poco, tenía necesidad de volverse a su casa, y que le preparasen alguna cosa que comer en el camino.

Como los huéspedes habían hecho con él bastante confianza, y poco menos que le miraban como cosa propia, y él oyese las últimas palabras en las que iban envueltos los nombres de los muchachos, le dieron razón del cuidado con que estaban; y como su merced abogase por las buenas prendas del mozo, diciendo, que la pareja, caso de cuajarse el noviazgo en matrimonio, sería de las que dan honra y provecho al séptimo sacramento, acabaron por confesarle, que a tanto como a eso no podían comprometerse por no tener lazo de sangre con la muchacha; y le contaron su extraño origen.

—Siendo como decís, no hallaréis varón prudente que os aconseje, ni pienso que tampoco haréis mucho con distanciarles, que como Amor ande por medio ya lograrán entenderse.

Y diciendo que cuando volviese, y ello sería no tardando mucho, pues sus particulares y embrollados asuntos entre las zarzas de la curia llevaban camino de avecindarle en Toledo, hablarían más de esto, pues ahora era preciso disponer sus bártulos para la marcha, salió de la cocina y se fue a su aposento, no poco pensativo.

XXII

En donde el hidalgo ve otro personaje aprovechable para la novela que trae entre ceja y ceja

Rebolledo tuvo que partirse solo al urgente menester que le llevaba a Lerma desde su rincón de la Mancha, porque Tomás Pedro, entre la herida del hombro y la aun más honda y difícil de cerrar que en el corazón traía abierta, no le tenían en disposición de ponerse en camino, aunque fuese su madre quien al final de la ruta le esperaba.

Así y todo, puesto que a Burgos habría de ir forzosamente, llevó una carta para la linajuda dama burgalesa, en la que sin decirle su hijo ninguna de las causas que le detenían en Toledo, le daba promesa de abrazarla pronto.

Se abrazaron los dos camaradas cierta mañana una hora antes de enseñorearse el Sol por la maravilla de la vega y de mirarse la arrebolada faz en el espejo de plata que el Tajo le prestaba cada día, y doblando el viajero la esquina de la posada, echó hacia la puente de Alcántara.

En este lugar, se encontró al señor Miguel que retornaba de su lugarón a proseguir sus asuntos en la antigua corte de las Españas, y se entretuvieron en charlar un poco.

Cuando se apartaron y empezó el hidalgo a subir la empinada cuesta que a la ciudad conduce, decía para sí.

—También este, convenientemente aderezado, puede ser buen tipo para la novela.

* * *

Desde que su merced trabó conocimiento con la gente del mesón y fue conociendo especiales circunstancias de los principales personajes que cada día se movían en aquel típico patio, su mente, que para mayor gloria de las Letras castellanas andaba cada día empleada en empresas de ingenio, comenzó a ver los perfiles de una linda novela de costumbres, pero pensó que si las personas en sí eran interesantes, en cambio los pasos en que iban eran demasiado vulgares, y así formó propósito, si continuaba adelante con su empeño, de vestirles con las ricas galas de su exuberante fantasía.

Aunque por el entonces, ya estaba muy inquieto con aventuras que desasosegaban a cierto hidalgo manchego, por la constante y desenfrenada lectura de las disparatadas novelas caballerescas, y no pensaba con tanto ahínco ni en sus propios negocios personales, comenzó a machacar con tan gentil brío en las invenciones de la posada, que a buen seguro podrá tenerse que no le faltaba más que trasladar lo pensado al papel para que quedase florecido en una lindísima novela, a manera de las que se escribían en Italia, y él fue el primero en introducir en los usos literarios de nuestra nación.

Y, conforme caminaba para Esquivias, el pueblo de donde su mujer, doña Catalina de Salazar, era ricahembra, más que por los timbres de su alcurnia por la regular hacienda que poseía, egoístamente regenteada por un su hermano, clérigo llamado don Juan, iba aderezando la urdimbre de su *ilustre fregona.*

XXIII

Otra petición de mano

A Tomás Pedro contaba por suyos el corazón y el alma de la hermosa Constanza, y había hablado a los tíos de ella de los honrados propósitos que tenía de matrimoniar tan pronto como estuviere de vuelta de su pueblo, cuando una mañana se presentó el Corregidor de la ciudad en el mesón, sin más compañía que la de un corchete llamado «Tendilla», que era el lebrel que de continuo llevaba royéndole los zancajos.

No fue necesario avisar al huésped de su llegada, porque este como de costumbre, andaba trajinando por el patio y vio al usía tan pronto como se presentó en la puerta, de cuya inesperada Visita se extrañó y alborotó un poco, porque siempre las gentes de justicia parecen pajarracos de mal agüero.

—¿Sois vos «El Sevillano»? —preguntó el excelencia.

—Yo soy, y a su mandar me tiene —respondió el huésped humildemente.

Y como el Corregidor advirtiera el azoramiento y embarazo con que el mesonero le hablara, prosiguió, dulcificando la voz como pudo:

—No se espante, buen hombre, que no vengo como quien soy, sino como gente de paz, y porque mejor lo crea así, mire.

Y, volviéndose a «Tendilla», que en la puerta habíase quedado como un sabueso a la espera de la caza, le entregó el emblema de su autoridad, que era una magnífica vara de ébano, con puño y regatón de plata.

—¿Tenéis algún aposento en donde se pueda hablar a solas? —preguntó el usía.

—Todo el mesón es de vuecelencia —respondió «El Sevillano».

—No he menester más que una habitación donde podamos hablar sin miedo a ser interrumpidos —replicó el Corregidor.

—Pues venga acá vuesa señoría —exclamó el huésped, y condujo a su embarazosa visita a una especie de estradillo que tenía en el piso alto de la casa.

* * *

Una vez a solas, frente a frente, el noble y el Villano, se entabló entrambos este breve coloquio:

—Os dije que venía no como lo que representó, sino como yo, simplemente; ahora os añado, para que mayor sea vuestra confianza, que no vengo a mandar, sino a rogar. Escuchadme, pues.

—Hable, vuecelencia, que desde que le vi pisar los umbrales del patio, me tiene con el alma en la boca.

—No es el caso para tanto, aunque sí apretado para mi tranquilidad de padre. Vos tenéis en esta casa una bizarra moza, que, a lo que me han dicho, es sobrina vuestra y trae más parroquianos a este mesón su buena cara que vuestras atenciones de huésped.

—Puede que así sea como dice vuecelencia, pero ha de entender, señor, que ella es más honesta que hermosa, y más recatada en usos y costumbres, que cuantas damas de campanillas puedan presumir de ello en Toledo.

—Muy seguro habréis de estar de ello, cuando con tanto calor la defendéis. Pero tranquilizaos, que también de eso tengo barruntos y aún pudiera decir que certidumbres. Es el caso que mi hijo, don Pedrito, al que como buen padre que soy quiero más que a las niñas de mis ojos, bebe los vientos por ella, y en torno de este mesón anda con más angustias que el sediento por la fiebre tras la frescura del agua. Yo le he querido quitar este tema de la cabeza, y he recurrido a todos los medios del cariño, que los de la fuerza no quiero, porque habiendo estado enfermo de mucho peligro cuando muchacho, y quedando por la fuerza del mal harto sensible, ahorro de darle pesadumbres. Le he hablado al alma para que deje esta quimera, que no puede cuajarse en realidad por distancia de clases; pero más al alma me ha llegado él, diciéndome que sin el cariño de esa moza renunciaría al mundo y se retiraría a la paz de un monasterio. Visto este apretado trance o recelando acaso otro peor, porque con su aparente poquedad de ánimo suele ser mi hijo hombre de grandes resoluciones, no he tenido otro remedio, muy contra mi gusto,

esta es la verdad, que amoldarme en absoluto a sus deseos, y así, aquí me tenéis a pediros que os sirváis concederme la mano de Constanza.

De una pieza, como dicen, se quedó el buen «Sevillano»; oyendo tales palabras del Corregidor, que aún luego de haberlas entendido muy bien, no se determinaba a darles crédito, pero, aunque la fuerza de la Sorpresa le detuvo algún espacio en silencio, no se le cortó el habla enteramente y pudo responder de esta manera.

—Señor Corregidor, en esto sí que no tengo yo jurisdicción, y no puedo por lo tanto responderle como vuecelencia quisiere. Lo mejor y lo único que se ha de hacer en esto, es llamarla a capítulo y que ella diga síes o nones, y mucho me temo que a los últimos se atenga.

—Pues, ¿tan mal partido parécele a la niña el emparentar con mi casa, que siendo de las más ilustres de esta tierra no tiene empacho en descender hasta ella? —preguntó el usía herido en su vanidad de noble.

—No es eso, señor —replicó el huésped—, sino que me parece que Amor, como es ciego, ha llamado a su corazón con mano harto más humilde que la suya.

—Y, cuando así sea —tornó a decir el Corregidor—, ¿no sois vos quién para obligarla?

Y arguyó el mesonero:

—Ni su padre soy, ni siquiera su pariente lejano, que ahora que me pone vuecelencia la espada en el pecho, sabrá quién es ella. Pero, dígame, y no se ofenda porque le responda con el mismo argumento que ahora acaba de darme. ¿No es vuecelencia padre de su hijo, para obligarle a levantar los ojos de la humildad en donde los tiene puestos?

Se sonrió el Corregidor por la fuerza de la argumentación del espabilado huésped, quien aprovechando el silencio que aquel hiciera, le contó el origen de Constanza.

De que el alcurniado aspirante a suegro escuchó tan inesperadas palabras, exclamó alzándose del asiento que ocupaba:

—Yo, siempre tuve a la muchacha como de vuestra familia y conociéndoos bien, como os conozco desde que asentasteis en Toledo y abristeis este mesón, aunque haciéndome alguna violencia por la distancia de clases (y ello en verdad que no por mí, pues conozco que la nobleza está en las prendas del alma y no en los globulillos de la sangre), sino por el decir de la gente, no tenía inconveniente en emparentar con vos: pero, con lo que acabáis de decirme, no puedo seguir adelante en la pretensión que traía, mas que este día de hoy venga a ser el postrero de la Vida de mi hijo.

«E1 Sevillano», para quien Constanza era una niña que tanto y más estimaba que a las de sus ojos, no pudo oír con sosiego las despectivas palabras del caballero y le respondió:

—Vuecelencia acaba de decir, y ha dicho muy bien con palabras que le honran por venir de tan alto, que no está la nobleza en los globulillos de la sangre, sino en las prendas del alma, y siendo así, nadie conozco yo de tan buena calidad como nuestra Constanza, pues solo con los destellos de sus ojos, honra cuanto mira.

Y aquí, que era para el buen hombre camino llano, se extendió en tales elogios y ditirambos a favor de la buena moza, que al Corregidor, que era hombre de claro y recto juicio, no pudo por menos de serle agradable.

—Pues, con todo y con eso, que acaba de confirmarme en la bonísima opinión de que Vos tenía —dijo—, no me determino a tomar por nuera a una mujer que tiene que anunciar por pregón que le digan el nombre de sus padres, y ahora sí que me huelgo muy de veras de que ella haya encontrado al que podrá ser el compañero de su vida. Perdonad y estimadme siempre, no como lo que represento en la ciudad, sino como lo que soy en mi casa.

Y tendiendo la diestra a buscar la de «El Sevillano», salió de la estancia y se encaminó al patio, en donde como un lebrel sumiso y obediente, le esperaba el alguacil «Tendilla»...

XXIV

Hacia el pan de boda

Mucho se holgó «El Sevillano» de que el Corregidor renunciase «generosamente» a consentir a Constancica por nuera, teniendo en cuenta la oscuridad de su origen, porque conocía que era quitarse de sobre sí un poderoso enemigo, que siendo quien era, si se le ponía enfrente, no dejaría de buscarle las vueltas a cada dos por tres, de manera que no hallase punto de sosiego, dando a la postre con su perdición. No ha de ocultarse tampoco que comprendió su excelencia que el verdadero amor no es alhaja caprichosa que se consigue con oro, y de lo poco que habló el huésped entendió que no estaba Constanza dispuesta a labrar la felicidad de don Pedrito, y así hizo lo que cuentan de la zorra, que como viese un apetitoso racimo de uvas prendido de la frondosa parra, pero muy fuera del alcance de sus garras, exclamó: «Verdes están esas uvas; esperaremos a que el tiempo las sazone».

* * *

Pocos días después, pidió Tomás Pedro licencia para partirse a su tierra, de donde tornaría para casarse con la moza, tan pronto como dejase acondicionada a su madre; y luego de cobrar las soldadas, que entre las que eran y las propinas recibidas de los huéspedes, montaban una suma, si no crecida, razonable cuando menos, una mañanita, con la fresca, salió caballero en una soberbia mula, que era la más preciada joya de la caballeriza de «El Sevillano».

Hasta la esquina del mesón salió a despedirle Constanza, y no será mucho fantasear el decir que hubo lágrimas y suspiros, duelos y quebrantos del alma, que no de aquellos otros que el ingenioso hidalgo de Esquivias dijo, años más tarde, que comía los viernes «Don Quijote de la Mancha».

Como el negocio de la boda era cosa cierta y determinada por ambas partes y consentida por los mesoneros, que después de todo eran quienes ejercían autoridad moral sobre la moza, en lo que el aprendiz de marido retornaba para ascender a oficial examinado, fue previniendo Constanza el ajuar, que no había de ser de los peores porque sus padres

postizos, que tanto adoraban en ella como pudieran si lo fuesen legítimos, querían que la muchacha no fuese desnuda, como suele decirse de las que no aportan al matrimonio otra cosa que su gentil palmito y su buena cara.

Cuando el señor Miguel retornó de su lugarón de Esquivias, fue notificado de las novedades que se ofrecían, y tanto se alborotó, porque ya se ha visto que quería bien a los muchachos, que, si no había mejor proporción, se ofreció a ser padrino de la boda, siempre que la señora Leonarda fuese la madrina.

Consintió esta, aunque ciertamente parece que no lo tenía pensado, y todo quedó dispuesto para ponerse por obra en llegando Tomás Pedro; y como tan ansiado y feliz momento tuvo lugar una tarde de las postreras del otoño, que ya barruntaba el invierno con mucho brío, luego de que pasaron los «Santos», se cumplieron los deseos de todos. No hay para qué decir que fue boda de rumbo, en la que la abundancia dejó correr su rueda de manera vertiginosa, y dio mucho que hablar en Toledo.

El padrino, que nunca fue rico más que en fantasía, y jamás bogó la dorada nave de su vida en las caudalosas aguas de la prosperidad, dijo a la novia, cuando hecha una ascua de oro, por las naturales galas de su hermosura y las valiosas joyas que sus protectores la regalaron, más un rico anillo que del naufragio de su hacienda pudo salvar la madre del novio:

—¡Hija mía! Oro ni plata no te los puedo dar, porque no tengo otros bienes que los de mi inteligencia: esta escribirá para ti una novela que, adornándola algún tanto con las plumas de la fantasía, acaso te haga vivir en el Mundo por los siglos de los siglos. Quiero ser como aquellos magos alquimistas de los libros maravillosos, tantas veces recreadores de tu ánimo, que te dé el don de la Inmortalidad.

Epílogo

El sonido de las campanas, la luz clara y alegre del cielo toledano y alboroto de las gentes llegó hasta mí y me desterraron de los laberintos de tan grato sueño.

Cuando luego de vestirme salí al corredor que es anfiteatro de aquel patio tan típico, tan castellano, solo encontré en él, apoyado en una de las columnas centenarias, al mozo de la posada, un viejo de cerca de setenta años a quien llamaban el tío «Aguado».

Ya no hay en este lugar el ajetreo de antaño movido por trajinantes, arrieros y mozos de mulas; ahora, con harta pesadumbre del huésped que la gobierna, ha quedado transformada en santuario de las Letras Castellanas, y así, nadie baja las escalerillas de Zocodover que a ella conducen a buscar aposentamiento, pero sí a ver de cerca el lugar en donde se hospedaba el autor del *Quijote*, cuando venía a Toledo, y en donde yo humildemente soñé aquella noche que vi a los personajes de su *ilustre fregona*, tal y como ellos eran, pero a los que quiso dar vida perdurable engarzándoles en los hilillos de una interesante historia de amor.

Siempre son los poetas los que embellecen y complican la vida.

Sin duda que de un episodio tan vulgar y sencillo como el que pasó por mi imaginación durante las tranquilas horas de la noche, teniendo como cierto punto de partida el extraño nacimiento de Constanza, pudo aderezar el ingenio maravilloso, único, que escribió el *Quijote*, una tan linda fábula...

Mucho espacio permanecí acodado en aquel barandal hecho de viejísima madera, contemplando el patio, ahora solitario de gentes, pero lleno de recuerdos que no ya a Toledo sino a toda la nación honran y glorifican.

Ahora esta insigne «Posada de la Sangre», que fue antaño famoso mesón de «El Sevillano», está como sin alma porque ya no pisa los guijos del patio ni recorre sus estancias aquella fregona ilustre.

Ya no se oyen durante la noche las músicas madrigalescas en honor de Constancica la guapa, sino la voz lenta y no bien afinada del sereno que pregona las horas y dice el estado del tiempo.

Donde tengo para mí que ha reencarnado el ánima andariega de Tomás Pedro es en el tío Aguado.

Cuentan de él que es de tierras de Bargas; una de las veces que vino al mercado con su mercancía según costumbre, no tomaba la vuelta hacia su lugar. Con muestras de mucha pesadumbre pasábase los días en el zaguán sentado sobre una enjalma, paseando los ojos por los ámbitos del patio y con el pensamiento ¡Dios sabe dónde!...

Al cabo de los días, llamó al huésped y le dijo:

—Escuche usted, amigo, que le voy a hablar con el corazón en la mano como nacido que soy en esta tierra. No puedo salir de aquí, porque no tengo dineros con que pagarle. Ahí está casi entera la mercancía que traje a vender. Si quiere usted cobrarse con admitirme de mozo, quedaré más que agradecido, porque no sé qué me acontece que aquí me hallo tan bien como el pez en el agua.

Y, aquí está el tío Aguado, como un jirón de los tiempos en que el señor Miguel de Cervantes venía desde Esquivias a Toledo...

FIN